

# La Pura Verdad Acerca de la Curación Divina

¿Ha quedado atrás la época de los milagros?  
¿Continúa el Dios vivo, hoy en día, sanando a los enfermos, por virtud de la fe y de la Oración?  
¿O es que las curaciones milagrosas sólo fueron operadas por Cristo y los apóstoles originales?  
¿Qué podemos decir acerca de quienes, en la actualidad, afirman que pueden efectuar curaciones por la fe?

por Herbert W Armstrong

## Parte I

Vivimos en un mundo carente de fe, un mundo que, para el tratamiento de las enfermedades, confía fundamentalmente en los profesionales de la ciencia médica. Casi todas las personas que actualmente se consideran cristianas dicen: «Dios ha permitido, para nuestro beneficio, los avances de la Medicina que hoy conocemos. Durante su paso por la Tierra, Jesús operó curaciones milagrosas para probar que Él era el Mesías. Pero ya la época de los milagros pertenece al pasado».

También hay personas que piensan que Dios continúa sanando enfermos a través de quienes aseguran tener el don de sanar, y son muchos los que asisten a las sesiones de curaciones públicas ofrecidas por estos «taumaturgos». Otros creen en las curaciones operadas a través de alguna de las formas de «ciencia mental», es decir, del poder de la mente sobre la materia. Por último, tampoco faltan los que dicen: «Bueno, yo si creo que Dios puede sanar... si es su voluntad. Pero, ¿cómo estar seguros de cuál es en cada caso, la voluntad divina?»

Si, la gente dice muchas cosas . . . Pero, ¿Qué es lo que Dios dice?

¿Nos ha revelado Dios si Él, en la actualidad, continúa sanando enfermos? Y admitiendo que efectivamente lo haga, ¿nos ha revelado por qué lo hace, cómo lo hace, y cuándo es su voluntad hacerlo?

Para encontrar las respuestas, vayamos a la Biblia.

### **El ministerio de Cristo tenía un carácter dual.**

Comencemos por el principio. De hecho, hay dos principios, en lo que concierne al tema de las curaciones: uno de estos principios está en el Nuevo Testamento, con Cristo; el otro, en el Antiguo Testamento, con el pueblo de la antigua Israel. Empecemos ahora con el ministerio de Jesús. Más tarde, muchos lectores se sorprenderán al descubrir cuánto nos dice el Antiguo Testamento acerca de este tema de las curaciones.

Hace más de mil novecientos años — en el período comprendido del año 27 al 31 — Jesús se manifestó en la Tierra como el mensajero que nos traía la más importante noticia enviada por Dios a la humanidad. Su misión estaba profetizada (Malaquías 3:1). El mensaje era una fantástica buena nueva. ¡Era el Evangelio de Cristo! (La palabra «Evangelio» literalmente significa «buena nueva».)

Pero Jesucristo tenía a su cargo un ministerio dual, un ministerio milagroso.

Jesús vino, entre otras cosas, también para sanar a los enfermos mediante el poder divino emanado de Dios. No se trataba del poder de la mente humana que actuaba sobre la materia.

Pocas personas comprenden hasta que punto la curación de los enfermos y la expulsión de los demonios formaron parte importante del ministerio de Jesús. Después, los apóstoles proclamaron su mismo mensaje, y también sanaron a los enfermos.

### **¿Qué les ocurrió al Evangelio y a las curaciones?**

Resulta abrumador descubrir que, desde mucho antes del termino del siglo I de nuestra era, cesaron la proclamación al mundo del Evangelio de Cristo y también el ministerio de las curaciones físicas.

Pero, ¿por qué ocurrió esto?

El Evangelio de Cristo contenía el glorioso mensaje del futuro Reino de Dios. Ese mensaje era el anuncio de la futura paz mundial, del mundo del mañana, que estará rebosante de felicidad, alegría y abundancia. No era un mensaje de catástrofes. La única desaparición que ese mensaje anunciaba, era la desaparición de los males, de la infelicidad y de los sufrimientos que angustian al mundo. Era un mensaje feliz, que vaticinaba el advenimiento de la paz mundial, y de la felicidad y el bienestar universales. Pero los dirigentes del pueblo, en Judea, no comprendieron todo esto, y se llenaron de resentimiento contra el Evangelio, y también contra los milagros operados por Jesús.

Aunque estos milagros fueron realizados en público, no fueron «shows» o espectáculos de curanderismo. Jesús no era un organizador de espectáculos sensacionalistas. Simplemente se limitó a sanar a los enfermos cuando los encontraba, o cuando ellos se acercaban a Él. Sin embargo, era inevitable que estas curaciones milagrosas atrajesen la atención de enormes muchedumbres.

Muchos, por consiguiente, empezaron a creer en Él. Y esto alarmó a los principales sacerdotes y a los fariseos de la clase gobernante. Así, pues, conspiraron contra Él, procuraron que fuera condenado a muerte y, en el momento que Dios había fijado para ello, Cristo fue crucificado, posibilitando de esa manera la reconciliación del hombre con Dios.

Dios, milagrosamente, resucitó a Jesús de entre los muertos, haciendo posible la vida eterna para la humanidad. En el quincuagésimo día después de la resurrección de Cristo, es decir, en el día llamado de Pentecostés, las 120 personas convertidas al cristianismo, incluyendo a los apóstoles, recibieron el poder del Espíritu Santo de Dios.

Con ese poder, proclamaron el Evangelio del Reino de Dios y, con ese mismo poder divino, sanaron a los enfermos, como ya Cristo había hecho antes.

Pero, al igual que había sucedido en el caso de Cristo, también ocurrió con los apóstoles: sus milagros atraían a inmensas multitudes. Sin ruegos ni presiones, millares de hombres se convirtieron y fueron bautizados. Muy pronto, en consecuencia, las persecuciones se multiplicaron. Dos años después de la resurrección de Cristo, exactamente en el año 33, Simón Mago, el pater (Pedro — «padre») de la religión de los misterios babilónicos en Samaria, después de haber sido rechazado por Pedro (véase Hechos 8), se apropió del nombre de Cristo para aplicárselo a su religión de misterios, llamándola cristianismo. Simón y sus seguidores, a partir del año 33, comenzaron una oposición y una persecución sistemática contra la verdadera Iglesia de Dios, fundada por Jesucristo en el año 31. (La explicación de cómo esta religión de los misterios babilónicos, en el año 718 A. de C., llegó hasta Samaria, se contiene en la Biblia, en 2 Reyes 17:18-29.)

### La oposición de los judíos y los gentiles

La primera fase de oposición con que tropezó la Iglesia de Cristo fue la de los judíos que se negaban a aceptar a Jesús como el Mesías. Entre los judíos, los «puristas» insistían en observar los rituales de la ley mosaica. Por esta razón, el temprano ministerio de los apóstoles hizo énfasis en la sustitución de los rituales externos por la presencia del Espíritu Santo, y también en la resurrección, prueba infalible de que Cristo efectivamente era el Mesías. Los apóstoles acompañaron personalmente a Cristo, antes de su crucifixión, por espacio de tres años y medio, y durante 40 días más después de su resurrección, de modo que fueron testigos de ésta.

Después del año 33, a medida que fue extendiéndose la acción de Simón Mago, la oposición a la verdadera Iglesia se transformó en gentil. Las epístolas de Pablo, Pedro, Santiago, Juan y Judas demuestran que esa oposición de los gentiles se dirigía básicamente contra la ley de Dios, es decir, contra las normas constitutivas y reguladoras del Gobierno de Dios.

Simón Mago se apropió de la doctrina de la gracia, tomándola de las enseñanzas de los apóstoles, pero la gracia fue interpretada como una licencia para la desobediencia (cf. Judas 4). Simón y sus seguidores predicaban a un falso Cristo, el cual, según ellos afirmaban, había echado a un lado la ley espiritual básica de Dios. Predicaban un evangelio totalmente diferente del de los apóstoles: el Evangelio de la religión de los misterios babilónicos, aunque le antepusieron la doctrina de la gracia y el nombre de Cristo. Por supuesto, hicieron llegar este falso evangelio hasta los Gálatas.

Y precisamente a los Gálatas, en el año 55, Pablo les dirigió estas palabras: «Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente» (Gálatas 1:6). También éstas son palabras de Pablo: «Porque si viene alguno predicando a otro Jesús... u otro Evangelio... » (2 Corintios 11:4). Y, refiriéndose a los predicadores del tipo de Simón Mago, Pablo dijo: «Porque estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia, cuyo fin será conforme a sus obras» (2 Corintios 11:13,15).

Fue Satanás — que previamente había sido el querubín Lucifer (Isaías 14:12-15 y Ezequiel 28:12-17) — quien originalmente se rebeló contra el gobierno de Dios, mereciéndose así el ser expulsado de la Tierra. Pero Satanás es el dios de este mundo (cf. 2 Corintios 4:4). Satanás también tiene sus iglesias y sus ministros, que se oponen a la ley de Dios. Por consiguiente, también se oponen al Reino de Dios, ya que ese Reino está gobernado por las leyes divinas. Los apóstoles de Satanás le ofrecieron al mundo una religión más fácil, en la que no se requería la obediencia.

### Comienza la edad de las tinieblas

La oposición levantada por la falsa iglesia de Simón, finalmente logró asfixiar la proclamación del mensaje del Reino de Dios. Antes de que terminara el siglo I de nuestra era, cayó el telón que habría de ocultarnos todos los testimonios concernientes a la historia de la verdadera Iglesia.

Cuando el telón se levanta de nuevo, ya bien avanzado el siglo II, nos encontramos con un «cristianismo» que no se parece en nada al de Jesús y sus apóstoles originales. Las doctrinas, los sacramentos y las costumbres de este nuevo «cristianismo» eran los de la religión de los misterios babilónicos. Los verdaderos cristianos, que aún se mantenían

fieles a las enseñanzas de Cristo y sus apóstoles, fueron perseguidos y martirizados. Las doctrinas y las costumbres de Cristo fueron calificadas de judías. Y el termino «judío» se convirtió en un epíteto casi obsceno.

Fue suprimido el mensaje que Dios, a través de Cristo, había enviado a la humanidad. Y fue la iglesia de Simón Mago la que comenzó a ser llamada «el Reino de Dios». Más tarde, algunos habrían de reducir el significado del Reino de Dios, identificándolo con un sentimiento etéreo e indescriptible que «se alberga en los corazones de los hombres». Así, mediante las astutas manipulaciones de Satanás, que se ha encargado de engañar a todas las naciones (cf. Apocalipsis 11:9), fue eliminado el verdadero mensaje evangélico que Cristo nos trajo, y cesó de ser proclamado al mundo después del siglo 1. ¡Y también cesó la práctica de sanar milagrosamente a los enfermos por el poder de Dios! Así, pues, el ministerio dual de Cristo y sus apóstoles no pasó a formar parte de lo que el mundo ha aceptado como el cristianismo tradicional.

Pero, a pesar de verse perseguida a lo largo de los siglos, a pesar de no haber sido reconocida por el mundo, la verdadera y original Iglesia de Dios ha continuado, a través de las generaciones, hasta llegar al presente.

Pero la Iglesia de Dios, la única verdadera y original, vive todavía. Y todavía es perseguida, calumniada y erróneamente interpretada. Pero esa Iglesia es la restauradora del verdadero Evangelio de Cristo. Y esa Iglesia está proclamando la buena nueva en el mundo entero, para servir de testimonio a todas las naciones.

Y la doctrina de Cristo respecto a la curación de los enfermos también está siendo restaurada. Ha habido muchos millares de curaciones milagrosas, pero, en nuestra época, no han estado acompañadas de espectaculares despliegues públicos ni de prodigios sensacionalistas que atraen multitudes y, por ende, también desatan persecuciones. Las razones de todo esto, y la verdad acerca del tema de las curaciones, serán explicadas en una serie de artículos que anunciamos ahora.

Ha habido infinidad de programas «evangélicos» en todo el mundo. Pero, como bien dijo Pablo, han sido despliegues de otros evangelios. El mensaje de Cristo fue suprimido u ocultado. Cristo ha sido predicado al mundo, pero es un Cristo diferente.

## Parte II

Leamos ahora cuáles son las enseñanzas bíblicas con relación al tema de las curaciones milagrosas. Creo que lo mejor será que relate al lector mis propias experiencias personales, muy poco comunes, a este respecto.

Cuando me reuní por primera vez con los miembros de la Iglesia de Dios, en los años 1926 y 1927, ellos todavía llevaban el nombre de «Iglesia de Dios». Esos miembros conocían acerca de la segunda venida de Cristo para reinar en la Tierra por espacio de un milenio, pero no sabían casi nada acerca de la que realmente ha de ocurrir en ese milenio. El siglo pasado, en el año 1860, los miembros de la Iglesia de Dios se habían dividido, y la mayor parte de ellos había llegado a la conclusión de que «el reino del milenio con Cristo» habría de tener lugar en los cielos. Al separarse así de la verdad, también abandonaron el verdadero nombre de la Iglesia.

Aunque estas gentes humildes, pero sinceras, tenían un conocimiento muy incompleto acerca del Reino de Dios, sí creían en la necesidad de guardar los mandamientos. Había en ellos más fidelidad a la verdad bíblica que en cualquier otro grupo religioso existente en este mundo.

Aunque la Iglesia de Dios había perseverado a través de los siglos, todo indicaba que una gran parte de la verdad evangélica original había sido perdida.

### **Cómo llegué yo al verdadero conocimiento**

Los acontecimientos posteriores han demostrado que yo fui llamado por el Cristo vivo para una comisión muy especial en la época del fin de los tiempos, es decir, para hacer surgir la «era de Filadelfia» de la Iglesia de Dios (Apocalipsis 3:7-13), para restaurar una gran parte del conocimiento que se había perdido (Daniel 12:4), para revivir la gran comisión (Marcos 16:15), para predicar (Mateo 24:14) y para publicar (Marcos 13:10) el verdadero evangelio del Reino de Dios en el mundo entero, dando testimonio a todas las naciones, justamente antes del final de este mundo presente. Hemos llegado ya a la última generación de esta era, la generación durante la cual Cristo retornará para establecer el Reino de Dios.

La gran conmoción de mi vida sobrevino cuando yo leí en la Biblia, a comienzos del otoño de 1926, que aquello que antes se me había estado enseñando como «el evangelio», era justamente, en muchos aspectos básicos, lo opuesto de las verdades que, con toda claridad, enseñó Jesucristo y enseña la Biblia.

Para mí, en efecto, fue una gran conmoción el descubrir, en la Biblia, la profecía de que todas las naciones — es decir, el mundo entero — habrían de ser engañadas en esta época en que estamos viviendo. Igualmente, también fue una conmoción el enterarme de la plena verdad acerca del Reino de Dios, y descubrir que Dios había inspirado al apóstol Pablo a lanzar una doble maldición contra cualquiera que predique un evangelio distinto (cf. Gálatas 1:8-9).

Así, mis ojos se abrieron al verdadero evangelio, que tan claramente está contenido en la Biblia, para que lo conozcan todos los que quieran leerlo y creerlo.

En aquella época, mi familia y yo estábamos viviendo en Portland, Oregón. Durante el año 1927, proseguí mi estudio intensivo de la Biblia. Estaba comenzando a crecer rápidamente en la gracia y en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, como dice el apóstol Pedro que deben hacer los cristianos (cf. 2 Pedro 3:18). Al recibir el bautismo, había recibido al Espíritu Santo del Dios vivo. Mi mente había atravesado un proceso de renovación. Me sentía conmovido ante esta nueva capacidad para comprender el conocimiento revelado por Dios. Sin embargo, todavía tenía que ir avanzando paso a paso. Lo más difícil de todo era «desaprender» las falsas enseñanzas que se me había inculcado.

### **La enfermedad de mi esposa**

A principios de agosto de 1927, mi esposa fue súbitamente atacada por una serie de enfermedades. Primero, un perro le mordió la pierna izquierda. Inmediatamente después, sufrió un ataque de amigdalitis. Se recuperó pronto, pero tuvo una severa recaída. Mientras tanto, se le había presentado una intoxicación de la sangre, por haberse clavado, en el dedo índice de la mano derecha, la espina de una rosa.

Después de este incidente, por espacio de dos o tres días, su hermana y yo nos turnábamos, día y noche, para mantenerle la mano afectada sumergida en agua quemantemente caliente, en la que habíamos diluido sal de Epsom. También teníamos que mantenerle la muñeca y el antebrazo cubiertos con toallas calientes, sosteniéndole ese brazo derecho constantemente en alto.

La amigdalitis dio lugar a una angina tonsilar. A consecuencia de esto, la garganta se le inflamó y se le «trabaron» los maxilares. Fue necesario, desde luego, llamar al médico. Por espacio de tres días y tres noches, no solamente fue incapaz de tragar, ni siquiera agua, sino que tampoco pudo dormir ni un instante. Estaba acercándose al punto de una extenuación total. A pesar de nuestros esfuerzos, la línea roja, que indicaba el avance de la intoxicación sanguínea seguía subiendo por el brazo derecho. Le llegó hasta el hombro, camino del corazón. El médico, en privado, me dijo que no viviría más allá de 24 horas.

La tercera jornada de esta agonía fue un día sumamente cálido del mes de agosto. Al terminar la mañana de ese día, una vecina llegó a visitar a mi esposa. «Sr. Armstrong,» me dijo, «¿se opondría usted a que yo llamara a un hombre para que ungiere a la enferma y orara por su curación?»

Aquello me pareció una muestra de fanatismo. Sin embargo, sintiéndome un tanto avergonzado para objetar, le dije vacilantemente: «Bueno... supongo que no». Dos horas después, la vecina volvió, informándome que el hombre y su esposa vendrían a las siete de esa misma tarde.

Yo comencé a preocuparme. ¿Cómo controlaría la situación si esas personas resultaban ser fanáticos alborotadores? ¿Qué dirían nuestras vecinas ante un espectáculo tan teatral en nuestra casa?

Me fui a ver a la vecina y le dije que, después de haberlo pensado, consideraba mejor que sus amigos no vinieran. Ella se mostró comprensiva, y me dijo que inmediatamente iría a avisarles que suprimieran la anunciada visita. Fue entonces que supe que esta vecina había tenido que caminar casi dos kilómetros para ir a ver a esa gente, en un día que era, sin duda, el más caliente de todo el año.

«Me apena mucho,» le dije, «no haberme dado cuenta de la distancia tan larga que usted tuvo que recorrer. Lo único que me preocupa es que esas personas vayan a formar un dramático alboroto que escandalice a la vecindad».

«Si es por eso,» me respondió, «no se preocupe. Le aseguro que son personas muy tranquilas, que no causarán alboroto alguno».

Ante esto, cedí, y le dije: «En ese caso, dejemos que vengan».

### El significado de la fe

Los amigos de mi vecina resultaron ser gente muy sencilla, común y corriente, pero no exentos de inteligencia natural.

«Todo esto es algo nuevo para mí», les dije, tan pronto estuvieron junto a la cabecera del lecho de enferma de mi esposa. «¿Tendrían ustedes inconveniente en que yo les hiciera algunas preguntas?».

El hombre aceptó de buen grado mis indagaciones. Tenía una Biblia en sus manos, y contestó, una por una, a todas mis preguntas, leyendo pasajes bíblicos. Yo reconocía todos los pasajes que él citaba, pero nunca antes los había relacionado en mi mente de la manera en que él lo hacía. Fue entonces que, por primera vez, interpreté esos pasajes como enseñanzas, consejos y explicaciones, y algo más importante aún: ¡como promesas! Comencé a comprender y creer. Y sé muy bien que mi esposa también creyó.

Me arrodillé junto a su cama con aquella gente. El hombre ungió a mi esposa con un poco de aceite que había traído. A continuación, pronunció una oración sencilla, pero sumamente profunda y positiva, llena de fe. Nunca antes había oído yo una oración como aquella. Aquel hombre se atrevía a hablar directamente con Dios, citándole las promesas y condiciones que Él había expresado en la Biblia, y aplicando aquellas promesas al caso de mi esposa, diciéndole a Dios, en forma resuelta, audaz y llena de confianza, que Él tenía que cumplir aquellas promesas en el caso de mi mujer.

¡Nunca antes había escuchado una oración similar! Nosotros sabíamos cuáles eran las Promesas de Dios. Nosotros creíamos en Dios. Y, después de esta experiencia, mi esposa y yo supimos que ella había sido sanada — tal como este hombre decía — desde la punta de la cabeza hasta los dedos de los pies.

Cuando se pusieron en pie, dispuestos a retirarse, la mujer colocó una mano sobre el hombro de mi esposa, y apaciblemente le dijo: «Usted va a dormir esta noche» Les di las gracias expresivamente. Una vez que se marcharon, mi mujer me llamó y me pidió que le llevara su bata de casa. Sin pronunciar palabra, se levantó y, tomados del brazo, caminamos silenciosamente hasta la acera y regresamos a la habitación.

Mi mujer se acostó, e inmediatamente se quedó dormida. No despertó hasta las 11 de la mañana siguiente. Se levantó y se vistió como si nada hubiera ocurrido. ¡Estaba completamente curada! ¡No tenía ya ninguna enfermedad! Habíamos aprendido una nueva lección en los caminos de la fe. Y esa experiencia nuestra tuvo como resultado que incontables miles de personas hayan aprendido luego la misma lección. En otras palabras, nos habíamos dado cuenta de que podíamos confiar en la Palabra de Dios. ¡La fidelidad de Dios es perfecta!

### Un nuevo tema que estudiar

Aquella estremecedora experiencia me enfrentó al tema de las curaciones milagrosas, y a la relación que éstas tienen con la fe y la oración.

Pero hubo una gran decepción en toda esta experiencia de la curación de mi esposa. Me sentía lleno de gratitud hacia los señores que nos habían traído esa experiencia.

Ya había aprendido, antes de todo esto, una sorprendente verdad contenida en la Biblia: que la resurrección de Cristo no tuvo lugar un domingo, y que la crucifixión no ocurrió un viernes. Había escrito un artículo sobre este asunto, y lo tenía en forma manuscrita. Sintiéndome lleno de gratitud hacia el hombre que había curado a mi esposa, quise compartir con él estas verdades acerca de la resurrección de Cristo. Por consiguiente, le entregué el manuscrito de mi artículo, y le pedí que lo leyera y me dejara saber su opinión. Pocos días después, llame al hombre (yo lo consideraba un «hombre de Dios»), y le pregunte si había leído mi artículo.

«Sí, hermano,» me contestó. «Se lo lleve a nuestro pastor y lo leímos juntos». Advertí que mi nuevo amigo evadía el darme una opinión acerca de la verdad del contenido de mi artículo.

«¿Encontró usted algún error en lo que escribí?», le pregunte.

«No, hermano», admitió. «Ni el pastor ni yo pudimos encontrar errores en el artículo. Pero, hermano, el pastor y yo creemos que hay peligros en el estudio de esos temas. Uno puede llegar a confundirse. Sería mejor que usted se olvidara de todo el asunto. Hay cosas más importantes que usted puede estudiar. Sería preferible que usted se concentrara en mantener su mente puesta en Cristo».

Me sentí agraviado y tremendamente desilusionado. Aquel hombre admitió que yo le había enseñado una nueva verdad. No había podido encontrar un solo error en mi artículo. Este recogía la pura verdad bíblica. Sin embargo, aquel hombre no sólo rechazaba lo que él admitía ser la palabra de Dios, sino que, además, me aconsejaba aceptar la tradición y las falsas enseñanzas, valiéndose de la circunstancia de que yo era un nuevo converso que había depositado mi confianza en él. En otras palabras, aquel hombre me estaba aconsejando rechazar las enseñanzas del Dios vivo.

### La verdad... y las consecuencias

Inmediatamente después de esto, se me ocurrió abrir la Biblia, y leí el versículo 6, capítulo 4, del libro de Oseas, donde se dice que, por haber los hombres rechazado el conocimiento de Dios, Él los rechazará a ellos. Aquello tuvo un profundo impacto sobre mi mente. Una semana después, me dirigí a un viejo tabernáculo que entonces estaba al cuidado del hombre y la mujer que habían orado por mi esposa. Todavía pensaba que me sería posible rescatar a aquel hombre, para que no tuviera que sufrir las consecuencias que lleva aparejadas el rechazo de la verdad.

Lo encontré en el gran auditorio del lugar. Se veía deprimido y triste. «¡Hermano!», exclamó al verme. «¡Algo terrible me ha sucedido! Dios me ha abandonado. Ya no responde a mis plegarias. Antes, Dios me usaba en un ministerio especial, para que yo hiciera oración por los enfermos, y siempre me escuchaba y me respondía produciendo curaciones milagrosas. ¡Pero ya no! ¡No puedo entender lo que ha pasado!».

Me apenó ver lo abatido que se sentía aquel hombre. Yo comprendía lo ocurrido, y trate de explicárselo, pero el no me quería escuchar. Había sido un hombre de fe, profundamente sincero, aunque sencillo y sin mayor cultura. Dios lo había usado como instrumento suyo para operar curaciones milagrosas. Le cite entonces este fragmento bíblico: «... y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3:22). Pero aquel hombre no podía comprender que el rechazar las verdades de Dios y el rehusar obedecer sus mandamientos tuvieran alguna conexión con lo que le estaba ocurriendo.

Dios estaba requiriendo a aquel hombre para que aceptara la verdad o, de lo contrario, se atuviera a las consecuencias. Nunca más lo he visto, ni he vuelto a saber de él.

Pero Cristo continuó revelándome su verdad, a medida que yo continuaba estudiando diligentemente su Palabra. Y no sólo me hizo comprender la verdad acerca de las curaciones milagrosas, sino que también me ayudó a comprender la verdad de su mensaje evangélico, que anuncia el advenimiento del Reino de Dios. Y también me di cuenta de la grandeza de la misión que Cristo había encomendado a sus apóstoles, al encargarles que predicaran y enseñaran el evangelio y sus mandamientos a todas las naciones, (cf. Marcos 16:15 y Mateo 28:19-20).

Comprendí, pues, que el ministerio apostólico tenía carácter mundial, no meramente local o nacional. Me fue revelado cómo, en el ministerio de Jesús y de sus apóstoles del siglo 1. La curación milagrosa de los enfermos había sido casi inseparable de la predicación del evangelio. Sin embargo, lo ocurrido a través de las actividades de Simón el Hechicero actividades que detuvieron la proclamación mundial del verdadero evangelio e hicieron cesar las

curaciones milagrosas — no me fue revelado hasta varios años más tarde. No obstante, en la época de que hablo, me fue revelado cómo las curaciones milagrosas si encajan, hoy en día, dentro de la Iglesia de Dios (cf. Santiago 5:14-15). Igualmente comprendí la profecía que nos revela cómo habría de llevarse a cabo la gran comisión de predicar el evangelio al final de los tiempos, es decir, en esta época nuestra.

Esa profecía se encuentra contenida en un capítulo clave del Nuevo Testamento: el capítulo 24 del Evangelio de Mateo. Es vital que el lector comprenda cómo el mensaje evangélico, hoy en día, después de 19 siglos, está siendo dado a conocer en el mundo entero. No se está proclamando a todos los millones de personas en cada nación, sino que se anuncia en todo el mundo para testimonio a (o contra) todas las naciones.

Jesús había estado enseñando en el templo de Jerusalén. Cuando salió del templo, sus discípulos se le acercaron privadamente en el Monte de los Olivos, y le dijeron: «Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y que señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?» (Mateo 24:3).

«Respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán» (vs. 4-5). Jesús, en primer término, advirtió a sus seguidores acerca del gran engaño de la falsa cristiandad, que se dedica a predicar a Cristo, el Mensajero, pero que no proclama su mensaje, el evangelio.

Jesús también reveló la señal que le pedían sus apóstoles, para poder identificar la llegada del final de estos tiempos: «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (vs. 14).

Jesús dijo que la proclamación del verdadero evangelio sería la señal por la cual conoceríamos la proximidad del final de estos tiempos, lo que está demostrando que el verdadero evangelio no ha estado siendo proclamado al mundo durante los últimos 19 siglos.

## Parte III

Hoy en día muchas personas creen que Jesús sanaba a los enfermos y hacía milagros únicamente para demostrar que Él era el Cristo. Sin embargo, leemos a todo lo largo del Antiguo Testamento de sanidades milagrosas.

Los israelitas, durante la peregrinación que emprendieran una vez que se libraron de la esclavitud de Egipto, arribaron a Mara. El agua ahí era demasiado amarga para beberse y por supuesto, el pueblo murmuró y se lo reprochó a Moisés. El clamó a Dios, quien realizó un milagro, volviendo el agua dulce. Entonces Dios dijo: «Si oyes atentamente la voz del Eterno tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque yo soy el Eterno tu sanador» (Exodo 15:26). Estas últimas seis palabras son traducidas del nombre hebreo Yahveh-Rapha, uno de los nombres de Dios, que significa, «Dios Sanador» o «El Dios que Sana».

En Exodo 23:25, Dios dice a los hijos de Israel: «Yo quitaré toda enfermedad de en medio de ti».

Nuevamente, en Deuteronomio 7:15: «Y quitará el Eterno de ti toda enfermedad... ». Más adelante, en el capítulo 32, versículo 39, Dios dice: «... Yo sano... »

David oró: «Eterno Dios mío, a ti clamé, y me sanaste» (Salmos 30:2) y en Salmos 41:4: «Eterno, ten misericordia de mí; sana mi alma... ». También en Salmos 6:2, David rogó: «Ten misericordia de mí, oh Eterno, porque estoy enfermo; sáname, oh Eterno, porque mis huesos se estremecen».

Salmos 103:3: «Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias». Algunos preguntan si acaso es la voluntad de Dios sanar. O bien, otros dicen, «Yo sé que Él podría sanarme, si ésa es su voluntad». ¿Acaso es su voluntad perdonar? Si es así, entonces Él dice que también es su voluntad sanar todas nuestras enfermedades.

Salmos 107:17-20: «Fueron afligidos los insensatos, a causa del camino de su rebelión y a causa de sus maldades; su alma abominó todo alimento, y llegaron hasta las puertas de la muerte. Pero clamaron al Eterno en su angustia, y los libró de sus aflicciones. Envió su palabra, y los sanó, y los libró de su ruina». (El texto original en hebreo indica el tiempo presente.) Aquí vemos el caso de un individuo que por insensatez se acarreo a sí mismo la enfermedad. Pero, al arrepentirse, Dios lo perdona, le muestra misericordia y lo sana.

### Casos específicos.

Dios había dicho a Israel en la antigüedad: «Yo soy Yahveh-Rapha» — es decir, «Yo soy el Eterno, quien te sana», o «Yo soy tu Dios - Sanador». También dijo, en los Diez Mandamientos, «No tendréis dioses ajenos delante de mí». La sanidad es el perdón de los pecados físicos. Nadie sino Dios puede perdonar el pecado. ¡Nadie sino Dios sana! Dios es un Dios celoso, y por consiguiente no va a permitir a ningún otro sanar.

Observemos, ahora, el caso del rey Asa de Judá. Él acudió al rey de Siria en pos de ayuda, y le pagó tributo para convertirlo en su aliado. Dios había dicho que Él habría de pelear las batallas de su pueblo en su lugar. Y Él llamó a esta contratación de aliados, prostitución, en la que la ramera paga en vez de ser ella la que recibe el pago.

De manera que el rey Asa rechazó a Dios — como una esposa que abandona a su marido y contrata amantes — y ello después de haber en repetidas ocasiones dependido de Dios para obtener victorias. Dios envió a un profeta para recordar a Asa lo que estaba haciendo, pero Asa, en un arranque de ira, lo mandó encarcelar.

Posteriormente Asa fue afligido por una grave enfermedad. Leamos 2 Crónicas 16:12-13: «En el año treinta y nueve de su reinado, Asa enfermó gravemente de los pies, y en su enfermedad no buscó al Eterno, sino a los médicos. Y durmió Asa con sus padres, y murió en el año cuarenta y uno de su reinado».

Dios quiere que su pueblo lo busque a Él, que confíe en Él. Él quiere hacer por nosotros todo aquello que nosotros no podemos hacer por nosotros mismos. ¡Quiere que aprendamos la lección de la fe!

Ahora veamos otro caso, registrado en el primer capítulo de 2 Reyes. El rey Ocozías, monarca de Israel en Samaria e hijo del perverso rey Acab, «cayó por la ventana de una sala de la casa que tenía en Samaria; y estando enfermo, envió mensajeros, y les dijo: Id y consultad a Baal-zebul dios de Ecrón, si he de sanar de esta mi enfermedad. Entonces el ángel del Eterno habló a Elías tisbita, diciendo: Levántate, y sube a encontrarte con los mensajeros del rey de Samaria, y diles: ¿No hay Dios en Israel, que vais a consultar a Baal-zebul dios de Ecrón? Por tanto, así ha dicho el Eterno: Del lecho en que estás no te levantarás, sino que ciertamente morirás» (versículos 2-4).

Baal-zebul, el dios de Ecrón, era la deidad patrona de la medicina — el dios de la medicina de Ecrón. La forma en que el pueblo inquiría de este dios era a través de los sacerdotes.

¿Acaso algunos de nosotros por ignorancia dependemos de los médicos modernos, en vez de confiar en el verdadero Dios? Dios ha dicho, «Yo soy tu Dios quien te sana».

Pero ahora veamos otro caso del Antiguo Testamento. Se trata del ejemplo del Rey Ezequías. Se encuentra en el capítulo 20 de 2 Reyes, en los primeros siete versículos.

«En aquellos días Ezequías cayó enfermo de muerte. Y vino a él el profeta Isaías, hijo de Amoz, y le dijo: el Eterno dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás. Entonces él volvió su rostro a la pared, y oró al Eterno y dijo: Te ruego, oh Eterno, te ruego que hagas memoria de que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan. Y lloró Ezequías con gran lloro».

Ezequías oró con todo su corazón; él obedeció a Dios y su actitud era la adecuada. En ese momento él no recurrió a los humanos en pos de ayuda, sino que depositó toda su confianza en Dios. Continuemos el pasaje en los versículos 5-6: «Así dice el Eterno, el Dios de David tu padre: Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano; al tercer día subirás a la casa del Eterno. Y añadiré a tus días quince años».

### **La enseñanza del Nuevo Testamento — ¿Sí es su voluntad?**

Ya anteriormente vimos que la proclamación del anuncio del Reino de Dios y los milagros de sanidad iban juntos durante el ministerio de Jesús. Un pasaje en Mateo lo resume muy bien: «Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mateo 4:23).

El ministerio de Jesús comenzó en Galilea, no en Jerusalén. El relato de Mateo muestra que inmediatamente después de esto (capítulos 5-7) siguió el llamado «Sermón del Monte» (en realidad se trataba de una lección que impartía a sus discípulos).

Comenzando en el capítulo 8: «Cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente. Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme» (versículos 1-2).

Aquí una vez más se presenta la respuesta a la duda frecuentemente expresada, «Sé bien que Dios podría sanarme, si tal es su voluntad — pero, ¿cómo saber cuál es su voluntad?» He aquí la respuesta: «Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció» (versículo 3)

### **Los gentiles también.**

Continuando en el versículo 5: «Entrando Jesús en Capernaum [donde Él vivía (Mateo 4:13), aparentemente en su propia casa], vino a él un centurión [capitán de los gentiles, al mando de 100 soldados romanos], rogándole, y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado. Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré. Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: «De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe... Entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora» (Mateo 8:5-13).

### **Jesús pagó la pena.**

Ahora necesitamos comprender cómo es que Dios nos sana. Y, lo que es más importante aún, necesitamos ver cómo se relacionan la sanidad y el evangelio. Ambos operan bajo el mismo principio — el uno en un plano espiritual, el otro en un plano físico.

Dios es el Creador, pero también es el Gran Diseñador, Educador y Legislador. Todo lo que Dios hace, lo hace con un propósito, y con orden, según los principios de su ley. No puede haber ley sin una pena o sanción aparejada, en caso de transgresión o incumplimiento. Y Dios nunca transige con sus leyes o con la sanción de éstas. Una vez que se viola una ley, se incurre la pena. Y una vez que se incurre ésta, debe ser pagada. Dios jamás suspende la sentencia.

La Biblia define al pecado como la transgresión de la ley (1 Juan 3:4). En el sentido espiritual; es decir, relacionada con el evangelio, la ley básica del Reino de Dios es la ley espiritual (Romanos 7:14), puesta en movimiento inexorable — la ley del amor — el camino de vida consistente en la actitud de «dar» — el principio de los Diez Mandamientos. La pena por la transgresión es la muerte (Romanos 6:23) — muerte eterna, la ausencia de vida eterna.

Todos han pecado, y el pecado interpone una barrera infranqueable entre el pecador y Dios. La pena — la muerte — debe ser pagada. Dios no está dispuesto a transigir ni un milímetro a este respecto.

Entonces, ¿cómo podemos librarnos de esa pena? ¿Cómo podemos eludir su pago? ¡Por el hecho de que Cristo la pagó en nuestro lugar! Cristo jamás cometió un pecado. Él jamás se acarreo a sí mismo la pena. Pero, al ser el Creador mismo de la humanidad (Efesios 3:9; Colosenses 1:13-16), su vida era de mayor valor que la totalidad de todas las demás vidas humanas. Y cuando Él murió en la cruz, Él cargó con nuestra culpa. Él pagó la pena de muerte por toda la humanidad — condicionada tan sólo a nuestro arrepentimiento y nuestra fe. Él pagó la pena en nuestro lugar — por nosotros. Es por este mismo principio que podemos ser sanados.

Dios hizo al hombre del polvo de la tierra (Génesis 2:7). Todos nosotros estamos compuestos de materia. Él diseñó nuestros cuerpos de tal manera que funcionen en conformidad con determinadas leyes físicas. En el cuerpo humano se encuentra cierto número de sistemas; por ejemplo, el sistema digestivo; el sistema respiratorio, el sistema circulatorio, el sistema nervioso; el sistema reproductivo, etc. Cada uno funciona en forma independiente y, sin embargo, todos funcionan en perfecta armonía unos con otros. Funcionan en conformidad con leyes físicas bien definidas. Esas leyes, al ser transgredidas, imponen una sanción.

Cuando una persona contrae una enfermedad, simplemente está pagando la pena de la ley física transgredida en su cuerpo. Puede ser que uno mismo no haya quebrantado una ley física bien pudo haber sido un accidente o pudo haber sido una enfermedad contagiosa contraída sin su conocimiento. En el caso de Job (Job 2:6-7), Satanás fue la causa de los padecimientos del patriarca, por una razón muy especial y con la autorización de Dios. No obstante, la enfermedad es la pena que se paga por haber quebrantado una ley física.

Dios, el Gran Legislador, exige que la pena sea pagada. Dios jamás transige con ese principio. No hay sanidad sin que sea pagada la pena.

Así pues, continuemos en el capítulo octavo de Mateo: «Y cuando llegó la noche [la puesta del sol, poniendo fin a ese día de reposo], trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias» (Mateo 8:16-17).

### **Jesús pagó la pena en nuestro lugar.**

Tal como ocurre con el perdón de los pecados espirituales, Dios ha pagado la pena en nuestro lugar, enviando a su Hijo Jesús para que sufriera la pena en nuestro lugar. La pena de la transgresión física es el castigo físico — la enfermedad, la indisposición física, el sufrimiento y el dolor o la muerte física.

La sanidad no significa que Dios suspende la pena, de manera que ésta no sea pagada. Por el contrario, Jesús ya pagó esa pena en nuestro lugar, en virtud de lo cual Dios puede legalmente remover la pena del humano afligido — pero no por ello deja de ser un milagro. La escritura citada anteriormente dice que Jesús mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias — pero no en la cruz. Sus captores lo golpearon y azotaron, abriendo heridas en su piel, antes de llevarlo al Gólgota para ser clavado en la cruz.

### **La azotaina.**

Mateo 27:24-26: «Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo... Entonces les soltó a Barrabás; y habiendo azotado a Jesús, le entregó para ser crucificado». Marcos 15:15: «Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado».

Lucas 23:16, 22: «[Pilato dijo] Le soltaré, pues, después de castigarle... Él les dijo por tercera vez... Le castigaré, pues, y le soltaré».

Juan 19:1: «Así que, entonces tomó Pilato a Jesús, y le azotó». Esto fue antes de entregar a Jesús para ser crucificado, lo cual no se registra sino hasta el versículo 16 del mismo capítulo: «Así que entonces [Pilato] lo entregó [a Jesús] a ellos para que fuese crucificado».

Considero que es de vital importancia que comprendamos, en esta coyuntura, dos cosas:

- 1) El pavoroso y enorme precio que Dios mismo, a través de Cristo, pagó a fin de que pudiese efectuar, a nuestro favor, este milagro de la sanidad. Esto nos muestra la voluntad de Dios. Él está tan dispuesto, sí, tan deseoso de aliviar nuestro dolor, sufrimiento o aflicción que dio a su único Hijo quien es, en forma directa, nuestro Creador — para que fuese azotado, para que sufriese en nuestro lugar de manera que, sin violar ningún principio de su ley, podamos ser sanados.

«Misericordioso y clemente es el Eterno... Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen... Como el padre se compadece de los hijos, se compadece el Eterno de los que le temen» (Salmos 103:8-13).

Necesitamos comprender el amor y la compasión de Dios. La sanidad no debe menospreciarse ni tomarse a la ligera. Piense en el Creador de toda la humanidad — ese Ser tan grandioso sometiéndose a ser azotado como nunca lo fue ningún otro ser humano, de manera que pudiese realizar este milagro a nuestro favor.

2) Cuán importante es para Dios el nunca transigir con su ley. Podríamos razonar que sería más fácil para Dios, en cada caso de sanidad, simplemente evitar el que se impusiera la sanción. ¡Pero eso violaría su ley! Eso es lo que Satanás está tratando de hacer — lograr que las leyes de Dios se vuelvan inoperantes; abolir la pena; tratar el efecto, ignorando la causa.

La «ciencia» médica opera principalmente bajo este método — tratando, con medicinas, de evitar que tenga efecto la pena de la ley de Dios. Esa teoría, en efecto, propone que podemos violar la ley de Dios y entonces evitar que ésta imponga su pena. La teoría es que el doliente tiene en su cuerpo un veneno; entonces, nosotros agregamos otro veneno más en la forma de una medicina. Como consecuencia, un veneno, combinado con otro veneno, da como resultado la falta de veneno.

Por el contrario, Dios se ha tomado un gran esfuerzo: a) para impartirnos su amor y misericordia; y, b) para ser consistente con su ley. La aritmética de Dios es: Un veneno, menos ese veneno, arroja como resultado la falta de veneno. Esta aritmética es por demás elemental — ¡pero es correcta!

Ahora tome nota de cuán severamente fue maltratado Jesús.

En Isaías 52 y 53 se profetizó esto que habría de ocurrir a Jesús: «Como se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres, así asombrará él a muchas naciones; los reyes cerrarán ante él la boca, porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído» (capítulo 52:14-15). Observe bien los tiempos de los verbos. Muchos se asombraron (cuando fue fustigado con azotes) — su cuerpo desfigurado más que el de ningún otro hombre. Así, muchas naciones se asombrarán (a su segunda venida, investido de supremo poder y gloria) ante Él.

En seguida, en Isaías 53: «Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados [transgresiones de la ley]; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas [¿Cómo?], cada cual se apartó por su camino; más el Eterno cargó en él el pecado de todos nosotros» (versículo 36).

Esto se reitera en el Nuevo Testamento: «El cual no hizo pecado... y por cuya herida fuisteis sanados» (1 Pedro 2:22, 24).

### **En el servicio de la Pascua.**

De las instrucciones para el servicio de la Pascua se desprende una enseñanza por demás clara respecto al hecho de que Cristo pagó tanto la pena espiritual de la muerte como la pena física.

Se encuentra en las instrucciones del apóstol Pablo a los corintios: «Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed: esto es [representa] mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mi [una fecha conmemorativa]. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mi. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga [la conmemoración anual de su muerte, en el preciso aniversario de su crucifixión]».

«De manera que», continúa la instrucción, «cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente [es decir, de una manera indigna], será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada año a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen [es decir, están muertos]» (1 Corintios 11:27-30).

Y esto último porque muchos no comprendían que Jesús mismo pagó la pena por las transgresiones físicas a las leyes del cuerpo humano al permitir que su cuerpo fuera lacerado («partido») con azotes y que en tal virtud ellos podrían haber acudido a Él para ser sanados.

Este pasaje en 1 Corintios señala que seremos juzgados si descuidamos (véase Hebreos 2:3) tan enorme precio pagado a fin de que pudiésemos preservar nuestra salud.

### El perdón del pecado físico.

Volvamos ahora al relato que hace Mateo del ministerio de Jesús. Nos habíamos quedado en el capítulo ocho y el versículo diecisiete. Ahora empecemos en el capítulo nueve.

Jesús volvió de nuevo a su propia ciudad, donde residía a la sazón — Capernaum. «Y sucedió que le trajeron un paralítico, tendido sobre una cama... » (Mateo 9:2). Observe el relato que hace Marcos de este mismo incidente: «Entró Jesús otra vez en Capernaum después de algunos días; y se oyó que estaba en casa» (Marcos 2:1).

Permítaseme aquí hacer una breve digresión. Hoy en día está de moda representar a Jesús como un vagabundo — un «hippie» de cabellera larga, sin lugar fijo donde vivir, y cuya costumbre era dormir a la intemperie. En 1 Corintios 11:14 se afirma claramente que es una vergüenza para el hombre llevar el cabello largo. Jesús no era ningún hippie.

Y hay claras evidencias de que Jesús tenía una casa. En Mateo 4 hemos visto que Jesús, al salir de Nazaret, vino y habitó en Capernaum. Ello ciertamente implica una «habitación». Él habitaba en una casa. En Mateo 9:1 se llama a Capernaum «su ciudad», expresión que sin duda alguna se refiere a su lugar de residencia. En Marcos 2:1, el pasaje citado anteriormente, dice que Jesús volvió a Capernaum, su ciudad, donde Él residía, y entonces corrió la voz de que Él «estaba en casa» — lo cual ciertamente indica que se trataba de su propia casa. Si Él hubiese estado en casa de cualquier otra persona, se habría dicho el nombre de la persona a cuya casa Él había entrado.

Continuemos ahora con el relato que hace Lucas de este mismo incidente, ya que Lucas es aún más explícito: «Aconteció un día, que él estaba enseñando... que unos hombres que traían en un lecho a un hombre que estaba paralítico, procuraban llevarle adentro y ponerle delante de él [Jesús]. Pero no hallando cómo hacerlo a causa de la multitud, subieron encima de la casa, y por el tejado le bajaron con el lecho, poniéndole en medio, delante de Jesús. Al ver él la Fe de ellos, le dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados. Entonces los escribas y los fariseos comenzaron a cavilar, diciendo: ¿Quién es éste que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios? Jesús entonces, conociendo los pensamientos de ellos, respondiendo les dijo:

¿Qué caviláis en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. Al instante, levantándose en presencia de ellos, y tomando el lecho en que estaba acostado, se fue a su casa, glorificando a Dios. Y todos, sobrecogidos de asombro, glorificaban a Dios; y llenos de temor, decían: Hoy hemos visto maravillas (Lucas 5:17-26).

Este incidente, relatado en los tres Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, confirma, en las palabras del propio Jesucristo, que la sanidad física es, en efecto, «el perdón de pecados». El pecado se define (1 Juan 3:4) como «la infracción de la ley». El pecado físico es la transgresión de las leyes físicas que operan en el cuerpo humano. Para pagar esta pena en su lugar, Jesús fue golpeado, molido y lacerado con palos y azotes.

Por otra parte, el pecado espiritual, que impone la pena de la segunda muerte — la muerte eterna — es la infracción de la ley espiritual (Romanos 7:12-14), la ley que está sintetizada en los Diez Mandamientos. Jesús pagó la pena de ambas. Los médicos, las medicinas y las drogas no pueden perdonar los pecados físicos, como tampoco pueden perdonar los espirituales. ¡No pueden sanar!

## Parte IV

PODEMOS ser curados! Jesús así lo dijo. Pero también agregó: «... conforme a vuestra fe os sea hecho» (Mateo 9:29).

En primer lugar, ¿está usted seguro de saber lo que es la fe? Muy pocas personas lo saben. Sin embargo, sin fe es imposible agradar a Dios «porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay y que es galardonador de los que le buscan» (Hebreos 11:6).

Refiriéndose a esta segunda mitad del siglo XX, Jesús dijo: «... cuando el Hijo del Hombre venga a la tierra, ¿encontrará fe?» (Lucas 18:8). No obstante, es imprescindible que tengamos fe si queremos ser salvos.

¿Y cómo es que podemos tenerla? No podemos desarrollarla en forma artificial y, si ni siquiera tenemos la fe necesaria para ser curados, ¿cómo vamos a tener la fe necesaria para ser salvados? Porque Dios dijo: «Por la gracia seréis salvos, a través de la fe...» (Efesios 2:8).

Jesucristo previó la casi total carencia de fe en nuestros tiempos. Hoy en día, son muy pocos los que saben lo que es la fe o por qué es que no la tienen.

El mundo ha perdido casi totalmente la fe. No es de extrañar que sean tan pocos los que la tienen. No es de extrañar que sean tantos los que digan «mi fe no es muy fuerte» o «me parece muy difícil tener fe». Los hombres de hoy no saben lo que es la fe ni por qué no la tienen. Sin embargo, sin la fe nadie puede ser salvo.

### Jesús tuvo fe.

Cuando Jesucristo habitó en esta Tierra, en carne humana, tenía fe. A pesar de ello, en una ocasión dijo explícitamente: «Por mí mismo, nada puedo hacer».

Son muy pocos los que se dan cuenta de que todo lo que Cristo hizo — los milagros que realizó — no fue hecho en virtud de ningún poder sobrenatural que Cristo tuviera por sí mismo. Todo lo que Él hizo, todos los milagros que hizo, fueron hechos literalmente a través de la fe, con lo que Cristo nos dio un hermosísimo ejemplo.

¿Cómo fue entonces que Cristo realizó sus milagros? ¿Cómo fue que llevó a cabo su obra extraordinaria? «... El Padre, que mora en mí,» explicó Jesús, «él hace las obras» (Juan 14:10).

Sí, porque Cristo estaba lleno del Santo Espíritu de Dios, igual que usted y yo podemos estarlo. Es decir, estaba lleno del poder sobrenatural y dinámico de Dios. Este poder del Sumo Creador estaba literalmente en Jesús, y el mismo idéntico poder de Dios puede estar hoy en nosotros.

Todos los apóstoles y evangelistas de la verdadera Iglesia del siglo I realizaron milagros, e inclusive milagros mayores que los que el mismo Jesús había hecho. La mera sombra del cuerpo de Pedro, al pasar por encima de los enfermos, podía curar a éstos.

Pedro, Esteban, Felipe, Pablo — todos ellos hombres comunes y humildes — tuvieron el poder idéntico al que Cristo tuvo, porque ellos vivieron y actuaron muy cerca de Dios y fueron llenos del Espíritu Santo.

Pero parece que, hoy en día, ese poder nos falta a nosotros. Y no es porque Dios nos lo niegue, sino porque vivimos apegados al mundo moderno materialista. Nuestras mentes están llenas de intereses materiales, relacionados con esta vida temporal. Nuestras mentes y nuestros corazones están muy lejos de Dios. Hemos perdido el contacto con Él, porque no hemos querido dedicar suficiente tiempo al estudio de su Palabra. Y tampoco dedicamos tiempo a la oración verdaderamente apropiada, que es una oración de entrega y obediencia al Creador, de aceptación de su voluntad. En consecuencia, no estamos llenos del Espíritu Santo.

Por tanto, vamos a plantearnos dos preguntas: primero, ¿qué es la fe? y, en segundo lugar, ¿cómo es que podemos tenerla y aumentarla en nosotros?

### Lo que es la fe.

Notemos que la fe es la substancia de las cosas que esperamos (Hebreos 11:1). La fe, por consiguiente, viene antes que la posesión.

Una vez que ya hemos recibido la posesión de algo, ya no seguimos esperando por aquello. Pero, antes de recibirlo, ya tenemos en substancia lo que esperamos, y la seguridad de que llegaremos a poseerlo. Esto es la fe.

Por tanto, la fe es la evidencia de las cosas no vistas. La fe precede a la recepción de aquello que esperamos. Y la fe es la evidencia o seguridad de que tendremos aquello que pedimos, aún antes de haberlo visto. Repito: la fe es la evidencia de las cosas no vistas todavía. Usted no tiene aquello que espera, no lo ha visto ni lo ha palpado. Sin

embargo, la fe es la evidencia o seguridad de que llegará a alcanzarlo. La fe es la certeza de que vamos a recibir aquello que esperamos.

### **La prueba del milagro.**

Quiero que se fije en que cuando usted espera algo de Dios, o le pide algo a Dios, ya hay una evidencia o prueba de que efectivamente va a obtenerlo. Porque, tratándose de Dios, su promesa y su palabra ya constituyen una prueba, una certeza de que usted realmente recibirá lo que ha pedido. La prueba no es la recepción de la respuesta a las peticiones que usted hace.

Supongamos, por ejemplo, que usted se enferma. Jesús constantemente sanaba a los enfermos. Y Él dijo que las obras que Él realizaba — y las curaciones milagrosas eran parte de esas obras — debían ser imitadas y repetidas por nosotros. Supongamos que usted pide a Dios que lo sane. Usted, naturalmente, quiere tener alguna evidencia o prueba de que efectivamente va a ser sanado.

¿Qué prueba o evidencia será ésa? ¿Acaso la cesación de sus dolores, la desaparición de sus inflamaciones o algún otro proceso material que usted pueda ver y sentir? Conocí a un hombre que decía: «Cuando vea a alguien que ha sido sanado por la oración directa, entonces creeré» Este hombre decía que él quería creer, que él deseaba tener fe en el poder de la oración. Por tanto, estaba buscando una evidencia visible, y murió sin haberla encontrado nunca.

Y es que lo que nosotros vemos, palpamos o sentimos, no es la verdadera evidencia. Tener lo que esperamos, ver lo que esperamos, no es fe. La fe precede a la posesión, porque la fe es confianza y seguridad de que llegaremos a poseer aquello que pedimos.

La mente humana, naturalmente, puede recibir el conocimiento solamente a través de los cinco sentidos. Estos son los únicos canales capaces de transmitir el conocimiento al cerebro humano.

### **Pero la fe es espiritual.**

La fe no es el conocimiento adquirido por los sentidos. La fe tiene una naturaleza espiritual, y nada tiene que ver con los cinco sentidos físicos.

La oración tiene una naturaleza espiritual. Dios es espíritu. Cuando, por ejemplo, le pedimos que nos cure, ya tenemos la evidencia — la prueba positiva — de que la curación se realizará. Pero esa evidencia no es algo que podamos ver, sentir u oír. No es una evidencia de carácter físico, sino la prueba espiritual de la fe. La fe, en sí misma, es nuestra confirmación.

Veamos cómo es que nuestra naturaleza humana ha oscurecido toda esta cuestión, llevándonos al engaño. Dios nos dijo, en el capítulo 15 del Exodo, que Él es nuestro «Sanador». Este es uno de los nombres de Dios. Dios envió a su Hijo a este mundo para ser azotado y sufrir la penalidad por nuestras transgresiones de las leyes de la naturaleza, leyes que Dios dictó para nuestro propio beneficio. Cristo fue torturado por nosotros y, por sus sufrimientos es que nosotros somos sanados. Dios nos dio su palabra de que su voluntad es la de curarnos. Prometió que nos curaría, pero también introdujo una condición en este contrato: «Conforme a vuestra fe os sea hecho».

Y la fe es nuestra evidencia o seguridad de que Dios cumplirá lo prometido. No podemos ver la fe, ni podemos palparla. Las cosas que vemos y palpamos nada tienen que ver con la fe. Pero Satanás, aprovechándose de los puntos débiles de nuestra naturaleza humana, quiere que nos olvidemos de algo esencial: Dios no prometió cuándo o cómo nos sanaría.

### **La lección de la paciencia.**

El propósito de Dios, en lo que concierne a nuestra vida, es transformarnos de lo que somos, hasta convertirnos en la mismísima imagen de su Hijo, y en el verdadero carácter de Dios mismo. Y parte de ese carácter es el aprendizaje de la paciencia. En Santiago 1:3, Dios nos insta a recordar que «la prueba de la fe produce paciencia». Dios nos ha revelado, en ése y otros fragmentos bíblicos, que algunas veces Él demorará nuestra curación para así probar nuestra fe y enseñarnos a tener paciencia. Dios ha prometido que nuestra curación tendrá lugar de acuerdo con nuestra fe.

La fe es la confianza en que Dios hará aquello que todavía no ha hecho. Después de la curación, ya no es necesario continuar ejercitando la fe. La fe es algo que debemos ejercitar mientras no se nos da aquello que pedimos. Lo mismo ocurre con la salvación espiritual. Todavía no estamos en el Reino de Dios, pero aquellos que estamos en Cristo tenemos la seguridad — la fe — de que algún día estaremos en ese Reino. Después de que Dios nos haya sanado, ya no

necesitaremos tener fe en que seremos curados. Pero, mientras no sea así, nuestra fe debe permanecer firme, constante y paciente, independientemente de cuánto veamos o sintamos, hasta que llegue el momento en que Dios nos cumpla lo prometido.

Nuestra naturaleza humana, dominada por Satanás, quiere hacernos creer que la fe es algo que ejercitamos por espacio de 30 segundos, mientras estamos orando. Y, si Dios no nos cumple lo prometido con la prontitud que deseamos, pensamos que Dios es culpable de habernos mentido. En ese instante, estamos cediendo a la influencia del diablo sobre nuestra naturaleza humana, llegando a la conclusión de que Dios no cumple lo que promete, solamente porque no ha hecho lo que nosotros queríamos cuando nosotros lo deseamos. Y, en el mismo momento en que acusamos a Dios de mentiroso, ya hemos perdido toda la fe en Él. Nosotros, pues, somos los que estamos rompiendo nuestra parte del contrato: la cláusula que nos obliga a tener fe, y a mantener esa fe, confiando en Dios, hasta que llegue el momento del cumplimiento de sus promesas.

### **La simple confianza en Dios.**

La fe no es más que la simple confianza en la Palabra de Dios. Es la evidencia de aquello que no vemos ni palpamos. Por consiguiente, Cristo nos insta a tener paciencia — a seguir confiando en Dios, hasta que Él nos sane, y entonces lo hará. Nuestro veredicto debe basarse en la evidencia.

¿Cuáles son las pruebas y evidencias que usted actualmente cree? ¿Lo que ve y palpa — la evidencia física que a menudo es engañosa — o su fe en que la Palabra de Dios es verdadera y que sus promesas son ciertas, que es imposible para Dios mentir?

Si usted cree esta evidencia espiritual y rechaza la prueba física de sus sentidos, usted está proclamando que cree en la Palabra de Dios. Está proclamando su creencia en que usted será, en algún momento futuro, liberado de sus enfermedades y males, sin basarse para ello en la evidencia física, simplemente porque Dios lo prometió así, y usted sabe que Él cumplirá lo prometido.

En cambio, si usted decide que las evidencias físicas deben tener supremacía sobre la Palabra del Dios todopoderoso, si rechaza esa Palabra y esas promesas, entonces está rechazando la fe y la responsabilidad de que su curación no se cumpla será exclusivamente suya, no de Dios. Recordemos que Dios no ha prometido curarnos incondicionalmente. Ha prometido curarnos si tenemos fe. Y recordemos también que la fe debe preceder a la posesión u obtención de lo que hemos pedido.

Hubo un hombre que dio una definición muy acertada de la Fe: «La fe es la seguridad de que las cosas dichas por Dios son verdaderas, y la seguridad de que Dios actuará conforme a lo que ha prometido. Esta seguridad, esta confianza en la Palabra de Dios, es la fe.» Y ésta es la verdadera definición bíblica de la Fe. Nuestra obra — la Obra de Dios — ha sido edificada a través del ejercicio de esta clase de verdadera fe.

### **Aprendiendo a conocer la voluntad divina.**

Pablo dijo: «... no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad de Dios» (Efesios 5:17). Recordemos siempre que, sea lo que fuera aquello que necesitamos, lo primero que tenemos que hacer, para asegurarnos de que nuestra oración tendrá respuesta, es estudiar las Escrituras para determinar si aquello que pedimos coincide o no con la voluntad de Dios (Efesios 5:17; 2 Timoteo 3:14-17).

La Biblia nos revela la voluntad de Dios. Nunca debemos decir: «Bueno, yo sé que Dios podría curarme si Él quisiera hacerlo». No tenemos que tener esas dudas acerca de la voluntad divina. Todos podemos conocer cuál es la voluntad de Dios. Y, en lo que específicamente se refiere a las curaciones, yo puedo decirles, muy definitivamente, que Dios clara y explícitamente dijo que Su voluntad es la de curarnos. La Biblia está llena de promesas. Si necesitamos algo, estudiemos la Biblia para ver si se trata de algo prometido por Dios. Y, si es así, recordemos que Dios no puede romper sus promesas.

### **Reclamando el cumplimiento de una promesa.**

Recuerdo una vez, hace muchos años, que mis dos hijos vinieron a pedirme que los complaciera en algo que querían. No recuerdo exactamente de qué se trataba, pero sí sé que mis hijos tenían aproximadamente 7 y 9 años de edad. Recuerdo también que se trababa de algo que yo no tenía deseos de hacer.

«Pero, papá, tu lo prometiste», me dijeron. «y tienes que cumplir tu promesa». Y entonces recordé que, efectivamente, yo les había prometido aquello. Yo no podía faltar a la palabra que les había dado a mis hijos. Y Dios tampoco puede faltar a la palabra que ha empeñado con nosotros. Con esa misma audacia infantil que mis hijos tuvieron para recordarme mi promesa, nosotros podemos recordarle a Dios las suyas, y entonces relajarnos, aliviar nuestras tensiones, despreocuparnos de lo que nos angustia y dejar que Él actúe. Él lo hará a su debido tiempo. No lo dudemos ni por un instante.

Les hablo por experiencia propia. Esto que les estoy predicando ahora, yo lo he puesto en práctica no una, sino millares de veces y, hasta el momento, Dios no me ha incumplido una sola promesa.

Recordemos también que Dios ha prometido satisfacer todas nuestras necesidades, si primero buscamos su Reino y su justicia. Él entonces se encargará de satisfacer nuestras necesidades materiales (Mateo 6:33).

### **La Obra es un ejemplo vivo de la fe.**

Esta misma Obra que dirigimos no es más que una respuesta directa a la oración. La Obra de la Iglesia de Dios Universal — que incluye nuestras transmisiones radiales, nuestras publicaciones y nuestro centro universitario, — obra cuyo alcance e influencia se han extendido internacionalmente, tuvo unos orígenes sumamente modestos y limitados.

Lo que hemos alcanzado desde el inicio mismo ha sido, en un 100 %, el resultado de la fe, y ésa fue una lección que tuvimos que aprender desde el principio, aún antes de comenzar nuestro trabajo.

### **¿Por qué la gente no tiene fe?**

Examinemos ahora brevemente por qué no tenemos fe, cómo podemos conseguirla, y cómo podemos aumentarla. Hay muchos que dicen: «La oración no me inspira nada. No tengo la menor convicción de que alcanzaré lo que pido». Estas personas quieren estimular en si mismas cierta clase de convicción emocional y sentir cierta seguridad, para poder entonces empezar a creer en que obtendrán la respuesta que buscan. ¡Pero eso no es fe! ¡Eso es puro sentimentalismo!

Nuestros sentimientos, nuestras convicciones y nuestras impresiones no tienen absolutamente nada que ver con la fe.

La fe tiene que ver solamente con aquello que está contenido en la Palabra de Dios. La única pregunta que tenemos que plantearnos es ésta: ¿Ha prometido Dios eso en la Biblia? Si lo ha prometido, entonces no tenemos ya que pensar más en sentimientos, convicciones, impresiones personales, posibilidades o probabilidades. Todas estas cosas son totalmente ajenas a la cuestión. Dios tiene millares de maneras de cumplir lo prometido, sobre las cuales nosotros nada sabemos. Nosotros no necesitamos saber cómo ni cuándo Dios va a cumplir sus promesas.

Y hay otra cosa fundamental que no podemos olvidar: Dios no va a cumplir sus promesas a nuestro modo. Por tanto, no se plantee nunca el problema de cómo va Dios a poder concedernos tal o cual cosa. Eso no nos incumbe. Recordemos que estamos confiando en un poder sobrenatural. Creamos en ese poder. Dios obra en formas que a menudo nos parecen misteriosas. El cumplirá todo cuanto ha prometido, pero lo hará a su modo y en el momento en que lo estime mejor. Dejemos todo esto en sus manos y confiemos en Él. Creamos en su Palabra.

### **El don de Dios.**

Recordemos también que la fe es un don de Dios. Hay muchos que creen que todo lo demás que viene de Dios es, en efecto, un don que Él nos otorga, pero que la fe es algo que nosotros tenemos que desarrollar por nuestra propia cuenta, luchando por alcanzarla. Sin embargo, no hay tal cosa. Sólo tenemos que confiar tranquilamente en Dios para que Él nos dé también esa fe, mediante la cual podremos recibir todo lo demás (Efesios 2:8).

En Apocalipsis 14:12, nos encontramos con una descripción de la verdadera Iglesia de esta época. Los que están dentro de esta Iglesia tienen la fe de Cristo. Notemos bien que no se trata de nuestra fe, sino de la de Jesús — esa misma fe por la cual Él hizo sus milagros — depositada en nosotros y actuando en nosotros.

¿Cómo se consigue esa fe? Pues acercándonos a Dios y tratando de conocerle, sometiéndonos sin reservas a Él y aceptando su voluntad. Y orando. A Cristo tenemos que conocerle en la plegaria. El problema estriba en que estamos demasiado apegados a las cosas materiales. Oración, mucha oración: ésa es la fórmula para acercarnos a Dios y a las cosas espirituales. ¡Y qué feliz y hermosa experiencia es ésa, cuando ya la hemos conocido!

### La fe requerida para la salvación.

Ningún tema concerniente a la salvación cristiana es, por regla general, tan mal comprendido como el de la fe que salva.

«Creed en el Señor Jesucristo y seréis salvos» es la enseñanza popular entre los cristianos protestantes. Esa declaración es absolutamente cierta, si comprendemos de qué clase de creencia se trata.

Pero, desafortunadamente, hay millones de hombres que están siendo engañados, están siendo llevados a confiar en una clase de fe que nunca salvará a nadie.

Con relación a este tema acostumbra citar las Escrituras en forma fragmentaria, seleccionando sólo ciertos pasajes e inyectándoles una falsa significación. Así, mediante medias — verdades muy sutiles, la mayor parte de la cristiandad ha sido llevada al engaño y a la ceguera espiritual.

### ¿Se contradicen las Escrituras?

Dios generalmente no revela toda la verdad concerniente a un tema determinado en un único pasaje bíblico. «¿A quién se enseñará ciencia, o a quién se hará entender doctrina? ... Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá... » (Isaías 28:9-10). Para entender cualquier tema general tratado en la Biblia, es necesario revisar todos los pasajes de la Escritura que con dicha cuestión se relacionan. Y no podemos insertar el significado que vaya de acuerdo con nuestra creencia personal en ningún pasaje, pues «ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada» (2 Pedro 1:20). Cada pasaje tiene que ser entendido en el contexto de otros fragmentos.

Por ejemplo, se acostumbra citar Romanos 3:20: «... ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Él» Y, con base en este pasaje, hay muchos que afirman que la salvación proviene sólo de la fe, en desobediencia a la ley de Dios. Los que interpretan en tal manera el citado pasaje, nunca se acuerdan de decirnos que, en Romanos 2:13, el mismo Pablo escribió: «... porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados».

¿Acaso hay en ello alguna contradicción? Si la intención del primer fragmento citado hubiera sido revelarnos que podíamos ser justificados y salvos sin necesidad de hacer el menor esfuerzo por cumplir la ley divina, entonces sí habría una patente contradicción. En tal caso, si admitimos que la Biblia contiene semejante contradicción, no tendríamos base alguna para apoyar nuestra Fe.

### Pero no hay tales contradicciones.

También leemos en Efesios 2:8-9: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe». Los que citan este pasaje para apoyar su tesis de que las obras no son necesarias para la salvación, se olvidan de que ese mismo texto añade a continuación: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (vs. 10).

Y en la Biblia también leemos: «Hermanos míos. ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? ... Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma... yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?» (Santiago 2:14-20).

¡No hay allí contradicción alguna!

Al contrario, si estudiamos todos los fragmentos bíblicos relacionados con la fe salvadora, nos damos cuenta de que hay dos clases de fe. Y la fe en la que muchos confían tan ciegamente no es más que una fe muerta. ¡Y la fe muerta jamás logrará salvar a alguien! Repitamos el fragmento de Santiago que acabamos de ver: «La fe sin obras es muerta». Y continúa el mismo apóstol: «¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?

... Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe» (2:21-24).

### ¿Por qué es necesaria la salvación?

¿Por qué estamos los hombres necesitados de la salvación? ¡Porque pecamos, y la paga del pecado es la muerte! Pero, ¿cómo es que hemos pecado nosotros? A fin de cuentas, ¿qué es el pecado? Dios nos lo dice: el pecado no es más que la transgresión de su ley (1 Juan 3:4).

«Sí», responden las víctimas de las modernas fábulas, «pero hoy no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia». Dejemos que Pablo sea quien les responda: «¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera» (Romanos 6:15). Y nos ha dicho antes: «¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?» (vs. 1-2).

La ley establece una sanción, y esa sanción es la muerte. La ley exige la muerte del transgresor. La ley tiene la fuerza necesaria para privar de la vida al transgresor. La ley es más poderosa que el que la quebranta. Es el pecador el que está bajo la ley. Pero, cuando el pecador se arrepiente de sus transgresiones y acepta el sacrificio de Cristo, como pago de la sanción impuesta en la ley, entonces el pecador, bajo la gracia, es perdonado. La ley ya no continúa exigiendo su vida. Los que siguen pecando, en cambio, sí continúan estando bajo la ley. Aquellos que — a través del arrepentimiento, la obediencia y la fe — se apartan de sus transgresiones y, mediante la fe, observan la ley, son los únicos que están bajo la gracia.

### El espejo espiritual de Dios.

Tratemos de entender mejor las cosas. «Por las obras de la ley, ningún ser humano será justificado delante de él...» (Romanos 3:20). Ese fragmento es íntegramente verdadero, y no implica ninguna contradicción. ¡No podemos ser justificados por las obras de la ley!

¿Por qué? La segunda mitad de ese mismo versículo nos da la respuesta: «... porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado».

El propósito de la ley no es perdonar, justificar, purificar ni limpiar. ¡Sólo la sangre de Cristo puede hacer tales cosas! El propósito de la ley es definirnos lo que el pecado es y revelarlo, de modo que podamos apartarnos de él. A las mujeres, especialmente, debería resultarles muy fácil comprender esto. En todo bolso de mujer, hay un pequeño espejo. Su dueña sabe para qué sirve. Cada cierto tiempo, ella saca su espejo de la cartera, para examinarse el rostro. Y al mirarse, quizá descubra que se le ha ensuciado un poco la cara. Pero ella sabe que el uso del espejo no es lo que se la limpia. ¿Y acaso las mujeres desechan sus espejos porque éstos no pueden limpiarles el rostro? ¡Desde luego que no! Aplicada a este ejemplo material, la pregunta peca de tonta, ¿verdad? Todos sabemos que la función del espejo se limita a señalarnos la suciedad, no a limpiarla.

La ley de Dios es como un espejo espiritual. Gracias a ella, podemos descubrir la suciedad que pueda haber en nuestros corazones. Pero, contemplando la ley o guardándola, nuestros corazones no quedan automáticamente limpios. Sólo la sangre de Cristo puede limpiarlos. Por la ley, conocemos el pecado, pero no quedamos limpios. Veamos cómo lo explica el apóstol Santiago:

«Pero sed hacedores de la palabra, no solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra, pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace» (Santiago 1:22-25).

### La fe establece la ley.

«Pero», arguye el engañador que no quiere obedecer la ley, «ningún hombre puede observar los mandamientos. No es humanamente posible. Desde que la fe ha llegado a nosotros, no hay que observar la ley. La fe la ha anulado.» Por lo tanto «el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz, así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia... Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo» (2 Corintios 11:13-15).

Surge entonces la pregunta: «¿Invalidamos la ley a través de la fe?». Y la respuesta nos la da la Escritura: «En ninguna manera, sino que confirmamos la ley» (Romanos 3:31).

¡Sí, la fe confirma la ley! Observando la ley, la fe se perfecciona. Pero queda en pie la otra pregunta: ¿podemos realmente guardar los mandamientos? ¿Es posible? Los engañadores inspirados por Satanás nos dicen que no. Pero, ¿cuál es la pura verdad acerca de esto?

Un hombre fue a Jesús y le preguntó qué debería hacer para salvarse, y Cristo le respondió: «... si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mateo 19:17). Y los discípulos de Jesús, «oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible, mas para Dios todo es posible» (vs. 25-26).

¡Esa es la respuesta dada por el propio Cristo! A los hombres, por sí solos, les es totalmente imposible observar los mandamientos de la ley de Dios. Pero — y ésta es la bienaventurada verdad — con Dios, todo es posible, inclusive observar los mandamientos. ¿Comienza usted a darse cuenta de las cosas? Lo que se necesita es fe en el poder de Dios. Igual que nuestro propio esfuerzo diligente, sincronizado con la fe, hace a la fe perfecta, así la fe, unida a nuestros esfuerzos, logra la perfecta obediencia. Ambas cosas van unidas. No es posible tener una sin la otra.

Una fe viva, la única fe que salva, es una fe activa, una fe que confía en Dios, posibilitando así que el hombre le obedezca, guarde sus mandamientos y lleve una vida verdaderamente cristiana.

¡Pensemos un poco! ¿Puede Dios ordenarles a los hombres que hagan lo imposible? ¿O podemos imaginarnos a Cristo como un joven «sabelotodo», que, creyéndose más listo que su padre, hace a un lado las órdenes de éste? Absurdo, ¿verdad? Sin embargo, eso parece ser lo que mucha gente hoy piensa.

### **La ley es eterna.**

La ley de Dios no es un horrible monstruo. Las leyes justas sólo aterran a los criminales. Son leyes hechas para proteger al hombre justo y honrado. La ley divina es perfecta (Salmos 19:7). Es una ley espiritual (Romanos 7:14). Es una ley sagrada, justa y buena (Romanos 7:12). Todos los mandamientos de Dios son cosa segura y cierta, y rigen para siempre (Salmos 111:7-8). No crea a los hombres que afirman otra cosa.

La ley de Dios es, simplemente, el amor. Es un sistema de vida perfecto. Cada partícula de sufrimiento humano, infelicidad, miseria y muerte procede exclusivamente del quebrantamiento de esa ley. La misma fue promulgada para la Felicidad del hombre y encierra una filosofía que es la única capaz de producir esa felicidad. Es una ley que procede de un Dios de amor, y el amor es la plenitud de la ley (Romanos 13:10).

Pero no se trata de nuestro amor propio natural. Se requiere que el amor de Dios sea derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5:5). Dios tiene — y nos da — el amor que nos permite cumplir su ley. Y al que diga lo contrario, la Palabra de Dios claramente dice que tal individuo es un mentiroso (2 Juan 2:4).

### **La fe es necesaria para la obediencia.**

El hombre que de veras guarda los mandamientos debe confiar en Dios para que esa obediencia sea posible. Y esta fe no anula la ley, sino que la confirma. Por tanto, al hombre se le hace posible, a través de la fe y del don del Espíritu Santo de Dios, guardar sus mandamientos.

Un ejemplo emocionante de esta gran verdad se encuentra en el libro del profeta Daniel. Nabucodonosor, rey de Babilonia, había erigido una gran imagen de oro. «Y el pregonero anunciaba en alta voz: Mandase a vosotros, oh pueblos, naciones y lenguas, que al oír el son de la bocina... os postréis y adoréis la estatua de oro... » (Daniel 3:4-5). «Y cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiendo» (vs. 6).

A cargo de los asuntos de la provincia de Babilonia, estaban los tres jóvenes judíos que eran amigos de Daniel: Sadrac, Mesac y Abed-nego. Uno de los mandamientos de la ley espiritual y eterna de Dios, prohíbe la adoración de tales imágenes.

Si usted hubiera estado en el lugar de Daniel y sus amigos, ¿qué hubiera hecho? Probablemente hubiera razonado así: «Bueno, no tengo más remedio que postrarme ante esta imagen y adorarla. Si no lo hago, me matarán». Y posiblemente usted se hubiera excusado a sí mismo, diciéndose: «Creo que Dios sería muy injusto si fuera a castigarme por esto. Él sabe que es algo que me obligan a hacer en contra de mi voluntad. Y, a fin de cuentas, Él nos dijo que también debíamos obedecer al poder temporal».

Es fácil emplear el razonamiento para excusar la desobediencia a la ley de Dios. Pero recordemos que Dios no anda a la caza de oportunidades para castigarnos. Al contrario, Él busca oportunidades para salvarnos a través de la fe de la locura del pecado y de las tristes consecuencias que pueden acarrear nos nuestras propias acciones.

La ley divina fue promulgada para protegernos del sufrimiento. Cosecharemos aquello que sembremos. No es Dios el que nos castiga cuando obramos mal. Son nuestras propias acciones, que rebotan como un bumerán.

Pero estos tres jóvenes judíos conocían la verdad. Sabían que debemos obedecer a Dios antes que a los hombres, y sabían que esto es posible a través de la fe. Cuando firmemente rehusaron adorar la imagen. Nabucodonosor, lleno de ira, hizo que los trajeran a su presencia (vs. 13).

Veamos cuál fue la respuesta serena, confiada, exenta de temores, de estos tres jóvenes: «... nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiendo... » (vs. 17 ).

### **Dios prueba nuestra fe.**

Algunas veces, Dios prueba nuestra fe, y también probó la de aquellos jóvenes. Quizá usted piense que Dios les falló. Pero no es así. Dios solamente estaba sometiendo a prueba su fe.

«Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, y se demudó el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego, y ordenó que el horno se calentase siete veces más de lo acostumbrado. Y mandó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que atasen a Sadrac, Mesac y Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiendo. Entonces estos varones fueron atados con sus mantos, sus calzas, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiendo» (vs. 19-21).

«Y como la orden del rey era apremiante, y lo habían calentado mucho, la llama del fuego mató a aquéllos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Y éstos tres varones, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiendo» (vs. 22-23).

Es decir, Dios permitió que sus fieles llegaran a ser arrojados al fuego. ¿Es acaso que no le importaba la suerte que corrieran aquellos que se esforzaban por seguir sus mandamientos y que tenían fe en Él? ¡No, por supuesto que Dios no se desinteresó de la suerte de estos tres jóvenes!

Nabucodonosor se asomó al horno, y dijo: «He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño, y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses» (vs. 25).

Viendo aquello, Nabucodonosor, asombrado, los llamó: «Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego . . . el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aún el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían. Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió a su ángel y libró a sus siervos que confiaron en Él» (vs. 26-28).

Este es un ejemplo de fe activa, una fe que confió en Dios para hacer posible el cumplimiento de su ley. Sí, con Dios, es posible guardar sus mandamientos. No deje que ningún hombre le engañe, afirmando lo contrario.

### **Vana adoración.**

Cuando la Palabra de Dios nos dice «Creed en el Señor Jesucristo, y seréis salvos» (Hechos 16:31), Dios no nos está hablando de la fe muerta, que es la que comúnmente se enseña. Las enseñanzas populares de hoy distorsionan el verdadero significado de la fe, reduciendo ésta a una creencia en los hechos relativos a la existencia de Cristo. Tal parece que basta aceptar a Cristo y a los hechos de su vida, pero que no hay necesidad alguna de obedecer sus leyes. Sin embargo, los demonios también creyeron y esa fe no les salvó.

Cristo fue el Mensajero del Nuevo Pacto, un Mensajero enviado por Dios. Y usted no puede creer en este divino Mensajero a menos que crea también en su mensaje y lo cumpla. «Si quieres entrar en la vida eterna», enseñó Cristo, «guarda los mandamientos» (Mateo 19:17).

«Arrepentíos», dijo Pedro, «y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2:38). Dios da Su Espíritu Santo sólo a aquellos que le obedecen (Hechos 5:32). Y su Espíritu es el amor que Él nos da para cumplir su ley, y ese amor nos viene por la fe.

Cristo vino a salvarnos de nuestros pecados, no a salvarnos en el pecado. Cristo vino para rescatarnos de la esclavitud, la infelicidad y la miseria del pecado, no a liberarnos para pecar.

¿Es posible creer en Cristo y adorarlo, a la usanza de hoy, y no salvarse? El mismo Cristo enfáticamente nos dice que sí: «No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7:21).

Y también: «Pues en vano me honran, enseñando como doctrina mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres... » (Marcos 7:7-8).

¡Ahí está la respuesta, dada por los mismos labios de Cristo! La fe muerta es una fe vana. Aquellos que confían en ella, y en los hombres y denominaciones religiosas que la enseñan, están perdidos. Mientras más pronto nos demos cuenta de ello, tanto mejor para nosotros.

### **El verdadero propósito de Dios.**

El propósito de Dios, dentro de su plan de salvación, de rescatar a los hombres del pecado, es el primer paso. Entonces la sangre de Cristo, al producirse nuestra aceptación y fe, nos limpia y purifica de nuestros pecados pasados. Y por la fe nos podremos mantener libres de pecado en el futuro. La justicia es un resultado de la fe. La justicia y la salvación nos son impartidas por Dios.

No es la ley lo que nos justifica, sino la sangre de Cristo. Pero esta justificación nos será concedida solamente si nos arrepentimos de nuestros pecados. Son sólo los hacedores de la ley los que serán justificados (Romanos 2:13).

¡Qué hermosa y clara es la verdad de Dios!

## Parte V

EN ESTA serie, empezamos por el principio. Se explicó que algunos dicen que Dios hizo surgir la profesión médica para nuestros días. Otros dicen creer que Dios podría sanar, pero que no saben si tal es Su voluntad. Pero, ¿qué dice Dios? Para encontrar la respuesta, fue preciso acudir a la Biblia.

Jesús vino en persona con un ministerio dual. Recorrió las ciudades y aldeas de Judea y Galilea predicando las buenas noticias del venidero Reino de Dios. Pero también sanó a los enfermos que acudían a Él.

Él preparó a sus apóstoles originales y, después de su resurrección, ellos continuaron con ese mismo ministerio dual. La Iglesia de Dios fue fundada en el día de Pentecostés, en el año 31 E.C.

Pero a poco tiempo se dejó sentir una feroz, violenta y organizada persecución. Inmediatamente después del año 33 E.C., la religión de misterios Babilónicos se apropió el nombre de la cristiandad, proclamó un falso Cristo y, para el año 59 E.C., se suprimió por completo la proclamación del evangelio de Cristo. En su lugar fue aceptado un evangelio diferente (Gálatas 1:6-7).

Ni el mensaje del Reino ni la sanidad de las enfermedades tuvo parte alguna en lo que a partir de entonces llegó a ser la cristiandad tradicional. Por 1900 años el mundo no ha escuchado el mensaje del evangelio de Cristo. El mundo ha sido engañado con falsos evangelios acerca de un falso Jesús.

Pero tanto el verdadero mensaje del evangelio de Cristo como las sanidades milagrosas han sido restauradas hoy en día por la verdadera Iglesia de Dios. Sólo que por ahora la sanidad se hace en privado dentro de la Iglesia — no públicamente como lo solían hacer los apóstoles.

En la segunda parte de esta serie, declaré que la mejor forma de exponer esta verdad al lector era relatando mi propia experiencia personal al descubrir esta verdad de la sanidad.

Fue muy poco tiempo después de mi conversión y bautismo y de haber recibido el Espíritu Santo de Dios. Ello tuvo lugar en la primavera de 1927. En el mes de agosto de ese mismo año experimenté la sanidad por demás milagrosa de mi esposa de cuatro enfermedades simultáneas, cada una mortal en sí misma. Entonces supe que Dios sana a los enfermos y, así, permití que el Cristo viviente me enseñara a través de su Palabra escrita el entendimiento escritural pleno de este vital tema. De entonces para acá cientos de personas han sido sanadas a través de mis oraciones.

La tercera parte de esta serie abarca la revelación bíblica de la verdad de Dios, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. En la cuarta parte se trató del tema de la Fe.

### ¿Qué decir de las medicinas?

Pero ahora, ¿qué diremos de la medicina? Repasemos brevemente una vez más la enseñanza del apóstol Pablo a la Iglesia de Dios en su instrucción respecto a la Pascua.

Con respecto a tomar el pan símbolo del cuerpo de Cristo, molido a golpes para pagar en nuestro lugar la pena por quebrantar las leyes que regulan la salud física, la enseñanza inspirada es: «De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor» — es decir, su cuerpo que fue molido a golpes, pagando así la pena que sufrimos a través de las enfermedades — «juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen [están muertos]» (1 Corintios 11:29-30).

Algunos en la Iglesia carecían de la fe para creer que Cristo pagó en nuestro lugar la pena física de la enfermedad — y aún de la muerte primera.

Esto es importante. Comprendan ustedes el significado de lo que fue escrito aquí. Tomar el pan ázimo quebrantado significa que aceptamos el cuerpo quebrantado y molido de Cristo (antes de ser llevado a la cruz) a fin de que podamos ser sanados. ¿Cómo hace posible nuestra sanidad este cuerpo quebrantado?

Es importante que comprendamos la respuesta a esto — porque algunos han recibido la falsa enseñanza de que no hay tal cosa como un pecado físico. 1 Juan 3:4, debidamente traducido del griego, dice, «El pecado es transgresión de LEY». No se refiere exclusivamente a la ley espiritual de los Diez Mandamientos. Sin embargo, se refiere a leyes instituidas por Dios — no al hecho de transgredir disposiciones jurídicas hechas por el hombre.

Como se explicó en la tercera parte, Dios formó al cuerpo humano de la materia (Génesis 2:7). Dios diseñó nuestros cuerpos físicos de tal manera que funcionaren en conformidad con determinadas leyes físicas. El sistema digestivo, el sistema eliminatorio y el sistema circulatorio, por ejemplo, fueron diseñados para funcionar en armonía —

y este funcionamiento es una ley de la naturaleza — una ley física. El comer alimentos indebidos, el descuidar la eliminación o contaminar los pulmones con humo de tabaco impide que esas leyes funcionen perfectamente — y ello definitivamente quebranta las leyes que Dios puso en movimiento y que operan en el cuerpo humano. No hay duda de que es una ley física transgredida. Es una ley que Dios diseñó y puso en movimiento. Decididamente, según la definición de Dios (1 Juan 3:4), esta transgresión de ley constituye un pecado físico. Su sanción es la enfermedad y el debilitamiento corporal.

Ahora, volvamos a nuestra pregunta importante — aunque ello debió quedar claro en la tercera parte ¿Cómo hace posible nuestra sanidad el cuerpo quebrantado de Cristo? Contestaré con otra pregunta: ¿Cómo hace posible la sangre derramada de Cristo — su MUERTE — el perdón del pecado espiritual — la transgresión de la ley espiritual, de los Diez Mandamientos? Simplemente pagando la pena en nuestro lugar — ¡es así como lo logra! Su cuerpo quebrantado pagó en nuestro lugar la pena que sufrimos cuando las leyes físicas en el cuerpo humano han sido transgredidas y han producido la pena de la enfermedad, el debilitamiento o lo que sea — aún, en ocasiones, la muerte primera.

Decir que no hay tal cosa como pecado físico, según han afirmado algunos intelectuales pagados de sí, no es intelectual — es la más grande estupidez, ignorancia o perversión intencional de la clara y pura verdad.

### **Algunos carecen de la fe.**

Sin embargo, la cuestión importante aquí era que algunos en la Iglesia de Dios de Corinto, en efecto, carecían de la fe para ser sanados — o bien descuidadamente tomaban el pan ázimo en la Pascua de manera indigna. Y, ¿cuál fue el resultado? Estaban físicamente debilitados, enfermos o habían muerto. Esa era la sanción; no aceptaron con fe el cuerpo quebrantado de Cristo como pago por la pena. De haberlo hecho, la pena habría sido removida a través de un milagro divino y habrían sanado.

Pero ahora es importante que tomemos cuidadosa nota del hecho de que la falta de fe suficiente no trajo como resultado la excomunión de estos hermanos de la Iglesia. La excomunión es la pena por causar divisiones y ofensas (Romanos 16:17-18). ¡Es importante señalar esto!

Si hoy en día alguno en la Iglesia de Dios carece de la fe que debe tener, la sanción no es la excomunión. La pena es que aún pagará la pena en la forma de enfermedades, debilitamiento físico o aún la muerte. ¡El mismo será quien pague! ¡Qué Lástima, cuando Cristo ya ha pagado en su lugar! Pero él debe ser ayudado a recibir la fe — ¡no excomulgado!

### **La dieta de queso y galletas.**

Allá por el año de 1927 ó 1928, cuando apenas acababa yo de aprender la verdad de Dios acerca de la sanidad, escuché un ejemplo por demás elocuente de esto. En aquel entonces todavía no acostumbrábamos cruzar el Atlántico en aviones. Un hombre viajaba a Europa en un buque transatlántico. Pensaba que los alimentos a bordo resultarían demasiado costosos, de manera que lleno una maleta con una provisión completa de queso y galletas. Después de navegar durante tres días, empezó a sentir repugnancia por las galletas y el queso. Un camarero había notado que este pasajero jamás entraba al comedor del barco y le preguntó la razón.

«Es que no me alcanzaría el dinero para comer ahí», respondió el pasajero. Entonces se enteró de que los alimentos iban incluidos en el precio del pasaje — ¡sin costo adicional alguno!

¿Cuántos en la Iglesia de Dios hoy en día subsisten con una ración de galletas y queso, cuando es el caso que la sanidad está incluida? ¡Jesucristo pagó por nuestra sanidad!

¿Por qué continúa usted pagando la pena, o bien pagando las consultas con el médico o, probablemente, ambas cosas a la vez, cuando Jesucristo lo pagó todo por usted?

### **Los débiles en la fe necesitan ayuda, no condenación.**

Ahora observe la importante enseñanza en Romanos 14. «Recibid» — no dice «condenad» o «excomulgad» — «al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones».

Aunque uno cree (con fe) poder comer de todo, otro, débil en la fe, come únicamente legumbres. Pero el hecho mismo de que aún no haya recibido la fe plena de parte de Dios no lo excluye de la Iglesia de Dios. Por el contrario, este capítulo en Romanos nos enseña que debemos recibirlo — ayudar al débil en la fe. Los ministros deben enseñarle más acerca del camino hacia una mayor fe.

Y es el caso precisamente con los miembros de la Iglesia de Dios que aún no han alcanzado la plenitud de fe para creer las promesas de Dios de otorgarnos la sanidad física. Cada hermano debe tener esa fe. Claro que él puede pagar por sí mismo la pena de la enfermedad o malestar, si carece de la fe para creer que Cristo ya la pagó en su lugar — para depender en la promesa de Dios de sanar.

Así pues, si un miembro aún no ha crecido en la fe de Cristo para saber con absoluta certeza que puede depender de la promesa de sanidad de Dios — y si este miembro recurre a un médico o a la profesión médica para recibir ayuda, la Iglesia de Dios no lo condena — más bien, los ministros de Dios deben apoyar y estimular a ese miembro a crecer en la fe hasta que pueda depender de Dios en vez de depender de los hombres.

Una vez más volvamos a la pregunta: ¿Acaso Dios hizo surgir la profesión médica para nuestros días? La respuesta es un enfático ¡NO!

Recuerde, Dios sentenció al mundo de Adán a estar separado de Él por los 6000 años que ya casi han terminado. Dios, en efecto, dijo, «Tú, Adán has hecho la elección por tu familia humana. Tú me has rechazado. Ve, pues, y forma tus propios gobiernos, tus propias religiones, tus propios conceptos humanos de los dioses a los que servirás y adorarás — desarrolla tu propio fondo de conocimiento». Sin embargo, Dios se reservó la prerrogativa de llamar a su servicio a los pocos que Él eligiera para las misiones específicas que Él así determinara.

A aquéllos a quienes Dios ha llamado les ha revelado en su Palabra que Él es Yahveh-Rapha — su Dios Sanador — el Dios quien sana a aquéllos que creen.

### ¿Qué es la profesión médica?

¿Qué es, entonces, la profesión médica? Recuérdese que es sólo una de varias de las llamadas artes sanadoras desarrolladas por el hombre. Mis padres, cuando yo era un niño, usaban los servicios de un médico homeópata. Hay también osteópatas — si bien ellos ya también practican la medicina y son aceptados por la profesión médica. Hay quiroprácticos — y yo personalmente conocí al fundador de la quiropráctica. B. J. Palmer, de Davenport, Iowa. Pero la fraternidad médica es decididamente la mayoritaria. Han destinado una enorme suma de dinero para patrocinar un grupo representativo en Washington. D.C. que influya en los legisladores. La profesión médica se ha vuelto tan poderosa que un médico podría recluir en cuarentena aun al presidente de los EE.UU. y hacer ejecutar su virtual encarcelamiento en la Casa Blanca. En tal instancia, la profesión médica tiene aun más poder que el propio presidente de los Estados Unidos de América.

Es bueno que esto quede bien entendido: la profesión médica tiene al gobierno de su parte.

Un matrimonio, hombre y mujer de buenos principios, quienes se acogían a los preceptos de la Biblia (aunque no eran miembros de la Iglesia de Dios Universal) tenían un hijo de 11 años de edad con diabetes. Habían estado administrándole insulina, tal como prescribían los médicos; entonces se presentó un «sanador divino». No sé nada de la rectitud de este individuo, excepto lo que leo en los periódicos — y definitivamente no era un ministro de la Iglesia de Dios Universal.

Este «sanador divino» ungió y oró a favor del muchacho, por lo que sus padres suspendieron los tratamientos de insulina. Los padres, según los reportes noticiosos, eran firmes en la fe pero después de suspender la insulina, el muchacho falleció. Los padres fueron arrestados y llevados a la cárcel, acusados de homicidio imprudencial. No me enteré del desenlace final de este caso en los tribunales.

Sin embargo, cito el caso a manera de precaución. Podría mencionar, también, que la insulina no es una droga o medicina, sino una sustancia u hormona que el cuerpo humano normalmente debería generar. Los médicos prescriben insulina en los casos en que el cuerpo no está produciendo por sí mismo dicha sustancia.

En el caso de un niño enfermo, Dios puede sanar — pero recuerde que Jesús dijo, «Conforme a vuestra fe os sea hecho». Si falta la fe — o, en todo caso, si el niño fallece, los padres ciertamente incurren el riesgo de un juicio criminal si omitieron consultar a un médico.

En el caso que describí, no estoy enterado de todos los hechos. Los informes de prensa indicaron que los padres tenían una «fe suprema». Pero, ¿acaso el sanador era un charlatán a quien Dios jamás había llamado o usado en su servicio?

Una vez más, Dios dice, «Y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3:22). Los reportajes sobre este caso parecen indicar que los padres no observaban los mandamientos. Pero, por otra parte, Dios dice, «Y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado» (Santiago 4:17). Si los padres no hubiesen conocido la obligación de observar los mandamientos de Dios, Él no los habría tenido por responsables de esta ignorancia. Asimismo, no se sabe en el caso de

la administración de la insulina, si acaso era incorrecto a los ojos de Dios el administrarla — puesto que lejos de ser una droga, era una sustancia que suplía lo que el cuerpo mismo normalmente debería generar y proporcionar.

Yo no emito ningún juicio, en un caso como el que he relatado — porque no conozco todos los hechos. Simplemente advierto al lector — si un niño enfermo muere, y no ha sido consultado un médico, los padres podrían verse en problemas con la ley.

### ¿Cuál es la voluntad de Dios?

La Iglesia de Dios no juzga ni condena a quienes utilizan los servicios de la profesión médica. La Iglesia de Dios meramente le dice a usted que la sanidad — Cristo ya ha pagado por ello — es una promesa de Dios (condicionada a la obediencia y la fe) y es uno de los beneficios de Dios que están incluidos en el don de su gracia.

El hablar de los beneficios de Dios me recuerda un caso concreto. Yo había sido llamado al lecho de una anciana para que la ungiere y orase por su sanidad.

«Si yo la unjo y oro a Dios para que le otorgue la sanidad, ¿creerá usted — estará usted segura de que será sanada?» Yo solamente quería tener la certeza de que ella creía a Dios.

Ella respondió, «Yo sé que Dios puede sanarme — si ésa es su voluntad, pero no puedo estar segura de cuál sea su voluntad».

«Qué lástima», le respondí, «que no sepa usted si es o no la voluntad de Dios perdonar todos sus pecados para que sea salvada».

«Bueno, sí sé que es su voluntad perdonar mis pecados y otorgarme la salvación», me contestó.

«Claro que sí», continué, «usted puede confiar en la promesa de Dios contenida en Salmos 103 — que ahora le leeré: "Bendice, alma mía, al Eterno, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades... ". Usted verdaderamente puede conocer su voluntad en esa escritura, ¿no es así?»

«En efecto, puedo depender de esa promesa sin la menor duda».

«Pues bien», agregué, «haga usted el favor de leer por sí misma el resto de esa misma frase». Le entregué mi Biblia, abierta al Salmo 103, versículo 3, y ella leyó en voz alta, «Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias».

«¿Cómo es», le pregunté con una sonrisa, «que usted realmente cree la primera parte de este versículo, pero no la segunda?»

«Supongo», me dijo, «que nunca había notado que Dios promete sanar en el mismo lugar donde promete perdonar nuestros pecados».

Entonces la mujer creyó y fue sanada.

### Uno de los beneficios de Dios.

Observe que la sanidad es uno de los beneficios que Dios nos otorga, juntamente con la salvación. Tal como ocurría con los alimentos en el transatlántico, ésta va incluida — sin costo adicional. Jesús ya pagó por ella. Y Dios desea que su pueblo aprenda a depender de Él.

Un intelectual, al escribir sobre la sanidad, dijo, «Es por demás evidente que Dios no está sanando hoy en día de la misma manera o en el mismo grado que lo hizo en tiempos del Nuevo Testamento».

Ese intelectual simplemente es un ignorante respecto a la Palabra de Dios, las promesas de Dios, el poder y la voluntad de Dios. Él no había tenido ninguna experiencia con la sanidad.

Estaba estudiando el tema carnal y racionalmente, como un investigador como, Job, quien dijo, «... Por tanto yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía... De oídas te había oído... » — pero Job no había conocido en verdad a Dios (Job 42:3, 5). Pero cuando Dios se reveló a sí mismo a Job, él dijo, «Por tanto me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:6).

Lo anterior fue enviado a nuestros ministros, SIN NINGUNA AUTORIZACIÓN, en un intento, sutilmente inspirado por Satanás, de erradicar las verdades fundamentales que Jesucristo había revelado a su Iglesia. Fue enviado repito, sin autorización — con la instrucción de que esta falsa enseñanza debía ser predicada — y que derogaba cualesquiera enseñanzas o conocimientos anteriores que Jesucristo, la cabeza viviente de la Iglesia de Dios, hubiese, a través de su apóstol, constituido como enseñanzas fundamentales de la Iglesia de Dios.

Fue parte de una nueva y corrupta enseñanza que fomentaba la fe en los hombres y el escepticismo hacia Dios (Romanos 14:23) — sutilmente preparada y distribuida a los ministros sin el conocimiento del apóstol de Cristo aunque

se presentó como si hubiese contado con su aprobación. Él responsable de este esfuerzo por reemplazar a Cristo y a la verdad de Dios con la erudición carnal y pedante y con las falsas enseñanzas ha sido excomulgado — y toda esa enseñanza no autorizada ha sido anulada y derogada por Jesucristo a través de su apóstol.

Dios aún está en su trono y Jesucristo está ahí con Él y Ellos jamás abandonarán o desamparán a la verdadera Iglesia de Dios.

Tal como revela la cita anterior, el ENFOQUE TOTAL DE ESTA FALSA ENSEÑANZA era el concepto secular y carnal de que quizás Dios, como un catedrático decano, alguna vez hizo cosas maravillosas, pero ahora ha envejecido, se ha vuelto senil y ha perdido su poder. ¡Pobre Dios!

### **¡Dios es el mismo!**

Pero Dios me dice que Él es el mismo, ayer, hoy y para siempre. Hoy en día es el mismo Dios, con el mismo poder que tenía en el primer siglo — y que ha tenido eternamente.

Hoy en día Cristo no conduce a su apóstol, o a cualquiera en la Iglesia de Dios, a sanar indistintamente a los enfermos del público en general — como hacía Jesús y como hacían los primeros apóstoles hasta que fueron sofocados por las potencias mundanas.

La gran comisión y el ministerio para la Iglesia de Dios hoy en día se encuentra en la profecía de Jesús en Mateo 24:14: «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (de esta era). Esta proclamación mundial del mensaje de Cristo respecto al Reino fue la señal que Jesús dio por medio de la cual pudiésemos saber cuándo estaría inminente el fin de este mundo presente. Pero nada dijo respecto a que la sanidad se hiciera asequible al público en general.

Por el contrario, lo que encontramos en el Nuevo Testamento está en Santiago 5:14-15: «¿Está alguno enfermo entre vosotros?». Es decir, entre vosotros, hermanos de la Iglesia de Dios. «Llaman a los ancianos de la Iglesia y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre» — lo cual significa por la autoridad — «del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados».

### **La voluntad de Dios expresada.**

Ese Proyecto de Teología, una obra carnal y escolástica, pretende refutar esta promesa que claramente aparece en la Palabra de Dios referente a la sanidad en la Iglesia de Dios. Con la astucia y la sutileza inspiradas por Satanás, se hace el siguiente comentario para provocar dudas respecto a la certera Palabra de Dios: «Aunque esta declaración parece estar escrita sin ningún calificativo, la condición 'si tal es la voluntad de Dios' sin duda estaba tácitamente entendida».

Al leer esto, quedé absolutamente anonadado. No hay un solo lugar en la Biblia donde Dios diga, «Si tal es la voluntad de Dios». Precisamente este versículo, así como muchos otros que he citado, expresan la voluntad de Dios. Tómese nota del sutil y malicioso «si». Es una argucia satánica. Cuando Satanás estaba tratando de derrocar a Jesucristo, en el más grande intento de provocarlo a tentación — después de que Jesús había ayunado 40 días y 40 noches — Satanás dijo en dos ocasiones a Jesús, tentándolo, «si eres Hijo de Dios». Esa pequeña palabra de dos letras, si, es quizás la palabra más grande de la lengua castellana. Está destinada a propiciar duda en la Palabra de Dios. Fue usada por Satanás al tratar de derrocar a Cristo. Satanás la inspiró en este Proyecto de Teología para tratar de derruir la fe de los ministros de Dios — y de la Iglesia de Dios.

Con todo mi ser condeno este tipo de enseñanza — y el responsable de hacerla llegar a los ministros de Dios (si bien con toda seguridad él mismo no la escribió) ha sido excomulgado — y ha dejado de ser un miembro de la Iglesia de Dios. Y esa enseñanza inspirada por Satanás ha sido desterrada de la Iglesia de Dios también.

### **La promesa de Dios.**

Ahora esa diabólica enseñanza respecto al pasaje de Santiago 5:14-15 requiere una refutación completa — para aclarar más allá de toda duda el significado que Dios se propuso.

Este pasaje definitivamente es una clara y positiva promesa por parte de Dios. Elevo mis oraciones para que Dios tenga misericordia sobre aquéllos que permitieron que Satanás los inspirara a provocar dudas respecto a la sagrada Palabra de Dios.

Examine estas palabras una vez más. «Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados [sin duda refiriéndose a pecados físicos], le serán perdonados... ». Si ésta no es una promesa, entonces no tenemos ninguna promesa respecto al perdón de los pecados, la salvación o el don de vida eterna.

La fe es una condición. En esa ya derogada enseñanza se hace la aclaración de que existen condiciones. Eso es cierto — pero ¿qué condiciones? En la declaración misma de Santiago 5:15 claramente se dice «... la oración de fe... ». Sí, la fe es una condición.

En algunos casos en los que Jesús sanó, la fe para la sanidad fue suplida por la persona misma que era sanada — como la mujer que había invertido toda su fortuna en médicos y sólo había empeorado. Jesús le dijo, «Hija, tu fe te ha sanado». En otro lugar, Jesús dijo, «Conforme a vuestra fe os sea hecho».

Pero en otros casos aquél que era sanado no suplía la fe, sino que Jesús mismo lo hacía. De manera que, ¿qué nos enseña esto? Definitivamente la sanidad está condicionada a la fe — ya sea de parte del que necesita la sanidad o bien del ministro de Dios quien ora y quien unge al enfermo.

Yo he ungido y he orado por cientos de personas. Ha habido gran número de sanidades milagrosas. Algunos con cáncer en sus etapas más avanzadas fueron sanados — en tanto que otros en ese grado de avance recibieron alivio del intenso dolor que sufrían, aunque murieron. Sin embargo, serán resucitados con un cuerpo espiritual incapaz de enfermarse. Tendré más que decir a este respecto después. Una mujer, recluida en el hospital y con menos de 24 horas de vida, víctima de la leucemia y con sondas en su nariz y en sus tobillos para efectuar transfusiones de sangre, — un espectáculo verdaderamente sobrecogedor — fue sanada instantáneamente cuando la ungué y oré por ella (después de pedir a todas las enfermeras que salieran del cuarto). Fue dada de alta del hospital al día siguiente.

Por otra parte, he orado por otros con la misma fe y con el mismo fervor y, sin embargo, no fueron sanados quizás porque ellos carecían de fe. En Santiago 5:14-15, la escritura misma pone una condición, «... la oración de fe... ».

### **Guardar sus mandamientos.**

En igual sentido, 1 Juan 3:22 citado anteriormente, «Y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él».

En uno de los capítulos anteriores, mencioné el caso de un hombre que deseaba ser sanado, pero obstinadamente se rehusaba a observar los mandamientos de Dios. No fue sanado.

Sí, definitivamente hay condiciones — pero Dios fija esas condiciones. La Biblia jamás dice, «si es la voluntad de Dios. ¡Jamás! Por el contrario, la Palabra de Dios dice, «No seáis insensatos, sino concedores de la voluntad de Dios». La Biblia es su Palabra y es ahí donde Él nos dice cuál es su voluntad.

Ahora, examinemos las promesas de Dios. La Biblia está repleta de las promesas de Dios — y Dios espera que las creamos.

Quizás el ejemplo más sobresaliente sea la promesa de la que depende nuestra salvación.

Observe: «Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres». Y, ¿quiénes fueron los padres a los que fueron hechas las promesas? «El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres... » (Hechos 3:13).

¡Su salvación depende de esas promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob! No obstante, observe: «Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido... » (Hebreos 11:13).

### **Las promesas de Dios son seguras.**

Entonces, ¿qué tenemos? ¿Acaso Dios no cumple sus promesas? Aquí en el capítulo de la fe se muestra la fe de Abraham, de Isaac y de Jacob, la fe de Noé, la fe de Moisés y aún la fe de la ramera Rahab. Enseguida, «Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros» (versículos 39-40).

En otras palabras, ¡Dios es fiel! Las promesas de Dios son firmes — son reales. Los padres recibirán las promesas en la resurrección — juntamente con muchos de nosotros que nacimos miles de años después.

¡Las promesas de Dios son certeras! Aunque he escrito sobre esto antes, permítanme repetir cómo fue que yo aprendí esta lección de fe.

Mi conversión y bautismo había tenido lugar en la primavera de 1927. Para 1933 había yo logrado una fe firme — había recibido varias respuestas milagrosas a mis oraciones. Entonces, en el verano de 1933, mi padre cayó víctima de

un ataque cardíaco. Oré para que fuese sanado. Lo ungué. Yo tenía fe. Él tenía fe. Oré toda la noche — y, sin embargo, a las 9:40 de la mañana siguiente falleció.

Ese fue un golpe terrible para mi fe — pero definitivamente no la destruyó. Pero, ¡ya tenía que comprender! Yo había reclamado la promesa de Santiago 5:14-15 y otras promesas de Dios para que mi padre fuera sanado. Para comprender, no traté de usar la razón humana. Acudí al capítulo de la fe en la Biblia para alcanzar entendimiento.

Y ahí encontré lo que escribí antes — que Dios no quebrantó su promesa. Su promesa era certera — inquebrantable. Tan cierta como la salida y la puesta del sol. En Hebreos 11 Dios me mostró que su promesa de sanar a mi padre permanece firme. Él, como Abraham y los padres, murió antes de recibirla. Aún así era segura — no, «si tal es la voluntad de Dios». Pero hay vida después de esta vida.

Y, en el concepto de la conciencia humana, una fracción de segundo después de perder el conocimiento en la muerte, despertaremos en la resurrección. Dios ha planeado que exista un intervalo de inconsciencia — como si ni siquiera existiese, hasta que vivamos en la resurrección. Yo aún tengo paciencia — y fe. La sanidad de mi padre es segura. Él recibirá la sanidad que Dios prometió.

### **Depender de Dios.**

Dios no ha prometido que, a través de las continuas sanidades, jamás hemos de morir. Puesto que en Adán todos mueren, «... está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (Hebreos 9:27). Dios positivamente ha prometido sanar. Y Él fija las condiciones — la obediencia y la fe. Pero Dios no nos ha dicho cuándo o qué tan pronto nos sanará. Él espera que confiemos en Él a ese respecto.

Ello no debiera debilitar o destruir nuestra fe, sino hacerla tanto más firme.

Sé muy bien que en este mundo perverso y engañado de Satanás parece que lo peor que nos puede ocurrir es la muerte. Los humanos que no conocen a Dios suponen que la muerte pone fin a todo. Es por ello que algunos cometen suicidio — creyendo que el suicidio pondrá fin a sus problemas. Pero prácticamente en el mismo instante en que pierden el conocimiento al momento de la muerte, despiertan en el juicio con sus problemas aún vigentes y además con el pecado adicional del homicidio de sí mismos haciéndoles frente.

Nuestros padres, Abraham, Isaac y Jacob murieron todos en la fe. Mi propio padre humano murió en la fe. Las promesas de Dios para ellos aún son seguras.

En vez de perder la fe, este maravilloso conocimiento debe fortalecer nuestra fe — sabiendo que podemos colocarnos a nosotros mismos en las manos de Dios y confiar en Él para obtener la sanidad. Las sanidades más maravillosas y aparentemente imposibles que he experimentado como resultado de mis propias oraciones han ocurrido después de la muerte de mi padre. Dios no permitió que esa experiencia debilitara mi fe en Él y en sus promesas.

### **Únicamente Dios sana.**

Francamente me ha indignado enterarme de la enseñanza falsa y destructora de fe en ese manual supuestamente producto de la elevada erudición, en el que a los ministros literalmente se les instruyó fomentar la confianza de los miembros en el hombre — en los «avances» de la profesión médica — y a disuadirlos de tener fe en Dios. Comprendo que Satanás es el verdadero culpable — que quienes prepararon ese manual no tenían la intención de causar ningún daño — sino que estaban engañados, creyendo que estaban propagando la verdad.

Jesucristo, a través de su apóstol, enseña a los ministros a fomentar la fe y la confianza en el Cristo viviente, más bien que en el hombre.

La práctica médica bien puede ser lo mejor que el hombre carnal, desligado de Dios y de la verdad revelada de Dios, ha diseñado en los últimos 6000 años.

¿Acaso nunca necesitamos de doctores? Por supuesto que sí — pero el verdadero pueblo de Dios no los necesita para competir con Dios como nuestro Sanador (el nombre de Dios también es Yahveh-Rapha — ¡nuestro Dios Sanador!). Dios es un Dios celoso que no permite que ningún otro haga lo que sólo Él puede hacer — ¡SANAR!

En estos tiempos de degeneración en que vivimos, sí necesitamos médicos para asistir en los partos. Y los doctores pueden proporcionar una ayuda muy real en casos de un brazo fracturado o una pierna rota — pero aun en estos casos es Dios quien sana, si bien el doctor puede vendar la fractura de manera que sea reparada adecuadamente.

**La sanidad es un milagro.**

Los ministros de Dios no deben presionar a ninguno de tal manera que rechace el tratamiento médico — pero definitivamente deben estimular a los hermanos a edificar y recibir la fe en el Cristo viviente.

Pero el pueblo de Dios debe saber que la sanidad es un milagro que no debe tomarse a la ligera. La definición bíblica de un milagro es: «Un acontecimiento que está más allá del poder de cualesquiera leyes físicas: una ocurrencia sobrenatural producida por el poder de Dios».

La sanidad definitivamente es un milagro. Pero nunca debemos olvidar que nuestro Dios es un Dios obrador de milagros. Es un Dios sobrenatural — no un hombre. Sin embargo, Él se propuso que el hombre tuviese un contacto directo e íntimo con Él a través de Cristo. Quienes son llamados, lo son para convertirse en sus hijos engendrados y — una vez que crezcan en la gracia y en el conocimiento de Cristo y en carácter espiritual — a NACER, a través de la resurrección, dentro de la familia misma de Dios. El potencial humano es que hemos de convertirnos, literalmente, en Dios — tal como Cristo — el primogénito de entre muchos hermanos — lo es ya.

Y su pueblo, a quien Él ha llamado, debe recordar que «sin fe es imposible agradar a Dios: porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan» (Hebreos 11:6) Y es Él quien nos otorga la fe.

## Parte VI

VEAMOS si podemos reunir todos los cabos sueltos y atarlos. Necesitamos comprender claramente la sanidad tal como Cristo la instituyó dentro de su Iglesia para nosotros en la actualidad.

Hoy en día la profesión médica se proyecta de una manera en que no lo hizo cuando Jesús enseñó y sanó. El entendimiento apropiado, tal como Cristo se propone que lo tenga su Iglesia hoy en día, requiere que estudiemos el tema de manera objetiva, a la luz de la enseñanza revelada por Dios para nuestros días.

Primeramente, necesitaremos comprender por qué éste no es el mundo de Dios. Necesitamos comprender cómo es que este mundo se ha desarrollado y ha cambiado, así como por qué Dios ha llamado a su Iglesia a salir de este mundo y a ser un pueblo peculiar y separado — ¡el pueblo de Dios!

### El mundo pre-adámico.

Necesitamos despejar nuestras mentes de los conceptos y la confusión que prevalecen en la actualidad — a fin de comprender el principio de la vida humana, el mundo al que vino Jesús y el mundo diferente del cual Dios ahora nos llama a salir. Necesitamos empezar refrescando nuestra mente respecto a aquello que condujo a la creación del hombre. Dios creó a los ángeles antes de la existencia del universo físico — seres espirituales inmortales, cada cual creado en forma individual y autónoma. Entonces Dios creó los cielos — el vasto universo material — y la Tierra.

Pero debemos entender esta verdad. La creación de Dios es un proceso dual. En el universo físico, lo que Dios creó fue perfecto sólo en lo que se refería a la primera etapa de lo que había sido producido. Pero Dios colocó a los ángeles sobre la Tierra para ser usados en la etapa final — para que utilizaran el material ya creado — obrando con los elementos para embellecer y terminar su creación en esplendor y gloria físicos. Este era meramente el campo de prueba para que los ángeles se capacitaran para terminar la creación de todo el ilimitado universo — de todos los demás planetas.

Puesto que el principio de la creación de Dios es un proceso dual, también lo fue la creación del hombre. La etapa final de la creación de los ángeles, como era el caso con el hombre, habría de consistir en la creación del carácter santo y justo que debe emanar de Dios. Esto es algo que no puede crearse de manera instantánea. Requiere de un proceso de desarrollo en el que los creados deben tomar decisiones y hacer elecciones, estar conformes con y buscar la justicia de Dios.

Los ángeles, como posteriormente el hombre, fueron creados en su etapa inicial con mentes con las cuales podían pensar, adquirir conocimiento, razonar, tomar decisiones y hacer elecciones. Dios primeramente los instruyó. El propio carácter santo y justo de Dios es el camino de vida de su ley espiritual. Es el camino, el principio y la actitud del amor — un amor extrovertido, dirigido en primer término a Dios en la forma de confianza, fe y obediencia; y en segundo término, una preocupación e interés extrovertidos por el bienestar de nuestro prójimo. Esta ley fue constituida como fundamento del gobierno de Dios, el cual Él primeramente estableció sobre los ángeles, a fin de que ellos procedieran a realizar aquello que Dios se había propuesto para ellos en armonía, unidad, cooperación y paz — en un esfuerzo común.

Sobre el trono de la Tierra Dios puso a un querubín — a un super arcángel llamado Lucifer — quien habría de administrar el gobierno de Dios. Pero Lucifer defeccionó. El dirigió a sus ángeles en una rebelión contra Dios y contra el camino de amor de Dios, llevándolos al camino del egoísmo — un camino introvertido de vanidad, lujuria y codicia, de celos y envidia, de competencia y rencillas, de rebelión contra la autoridad.

En vez de conducir a algo constructivo — la conclusión de la creación de la Tierra — el camino de Lucifer condujo a la destrucción. El resultado fue el caos, la confusión y la decadencia.

Lucifer quedó descalificado para encabezar el gobierno de Dios. En su estado de perversión, Dios cambió su nombre a Satanás el diablo, y sus ángeles se volvieron demonios (es decir, la tercera parte de todos los ángeles que habían estado bajo Lucifer).

Ahora (Salmos 104:30), en seis días Dios renovó la faz de la Tierra para el hombre. Ahora Dios había comenzado el supremo acto de la creación — reproducirse a si mismo a través del hombre físico y mortal. Aunque compuesto de materia de la tierra, Dios formó al hombre en su propia imagen — en su propia forma y semejanza.

El hombre y la mujer a quienes Él creó fueron la primera etapa en la dualidad de la creación del hombre. Esta era la etapa física — el material del cual habría de formarse y crearse la fase espiritual.

### El hombre - y Dios.

Así como la etapa física de la creación del hombre comenzó con Adán, así la etapa espiritual empezó con Cristo. A Adán se le dio la oportunidad de calificar para suceder a Satanás sobre el trono de la Tierra. Pero para lograrlo era necesario que rechazara el camino de rebelión y codicia de Satanás y aceptar el camino del amor y la obediencia que son las características del camino de Dios.

Tal como Dios primeramente había instruido a Lucifer y a sus ángeles antes de colocarlos sobre la Tierra, así Dios primeramente instruyó a Adán y a Eva — en su amor, su justicia, su camino y su gobierno. En el huerto del Edén, donde Dios colocó al hombre y a la mujer, había dos árboles simbólicos. Uno representaba el Espíritu Santo de Dios y el don de vida eterna a cambio de la obediencia. El otro, el árbol de «la ciencia del bien y del mal» representaba — si se tomaba de su fruto prohibido — el arrogarse a sí mismos la prerrogativa de Dios de determinar el conocimiento de lo bueno y lo malo — de decidir por sí mismo el camino de la justicia o del pecado — la manera de determinar el carácter. Y esto, por supuesto, significa rebelión contra el conocimiento revelado de Dios.

A Satanás no se le permitió tener comunicación con Adán sino hasta que su Hacedor primeramente lo hubo instruido en el camino del carácter santo y justo. Entonces el astuto Satanás llegó hasta Adán a través del engaño que tendió a su esposa. Pero Adán no fue engañado, sino que voluntariamente rechazó a Dios como la fuente del conocimiento básico revelado y como su Dios y Regente.

El carácter santo y justo sólo puede venir a través de la libre elección de su beneficiario. Adán había tomado la decisión para toda su familia humana excepto aquellos a quienes Dios llamase de manera especial para que tomaran su propia determinación.

Cuando Dios expulsó al hombre del huerto del Edén e impidió su regreso, para «... que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma y viva para siempre» (Génesis 3:22-24), Dios, en efecto dijo: «Tú has tomado la decisión. Fuiste instruido personalmente por tu Hacedor. No creíste lo que Él dijo — te rebelaste contra Él como Gobernante y Revelador del conocimiento básico. Tú has tomado la decisión por todo el mundo que habrá de proceder de ti, excepto aquellos a quienes yo especialmente llame en preparación para mi Reino, el cual habrá de seguir al día del hombre.

«Por tanto te sentencio a ti y a tu mundo, el cual habrás de engendrar, a 6000 años de permanecer separados de mí. Ve, produce tu propio conocimiento, forma tus propias religiones, tus propios gobiernos y tu propia civilización. Y después de los 6000 años que he demarcado para tu civilización, yo restableceré mi gobierno por medio de mi poder divino y estableceré mi reino — mi familia engendrada que habrá de gobernar la Tierra».

### El mundo, separado de Dios.

Y así, la civilización de este mundo fue desarrollada por el hombre, separado de Dios y de la revelación del conocimiento de Dios, pero astuta y sutilmente influenciado y guiado por Satanás en su propio camino. El hombre no ha tenido la libertad de voluntariamente buscar y tener acceso a Dios. ¡Eso dijo Jesús!

¡Examinemos los hechos históricos! Noé no buscó a Dios — Dios llamó a Noé para encomendarle un proyecto específico. Abraham no buscó a Dios. Dios llamó a Abraham y él contestó y obedeció sin chistar. Moisés no buscó a Dios. Y cuando Dios lo llamó a conducir a los israelitas fuera del cautiverio en Egipto. Moisés protestó: «No puedo hacerlo. Tengo un impedimento en el habla — tartamudeo». Jonás no buscó a Dios — y cuando Dios lo llamó para darle una misión especial, trató de huir en un barco.

Isaías no buscó a Dios ni el puesto de profeta — protestó diciendo que era un hombre de labios inmundos, hasta que Dios lo volvió limpio. Lo mismo ocurrió con Jeremías, quien dio el pretexto de que era demasiado joven. ¿Acaso el rey David buscó a Dios o el reinado? No, David sólo estaba interesado en pastorear ovejas.

Jesús vino diciendo, «Ninguno puede venir a mi, si el Padre que me envió no le trajere». Y su ministerio público lo comprobó. De los múltiples miles que escucharon al Maestro mismo, únicamente 120 le creyeron después de tres y medio años.

Pedro y su hermano Andrés querían ser pescadores — al igual que Juan y Santiago. Y Mateo quería ser un recaudador de impuestos (publicano). Jesús dijo a sus 12 discípulos: «Vosotros no me habéis elegido a mi, sino que yo os he elegido a vosotros».

El apóstol Pablo no buscó a Cristo — por el contrario, estaba muy atareado encabezando una campaña de odio para apresar a los cristianos, hasta que Cristo lo derribó de su caballo, cegándolo, y le reveló la gran comisión que habría de cumplir con los gentiles.

Finalmente — y en último término — yo lo menos que deseaba era convertirme en un ministro del evangelio de Cristo. Yo deseaba ser un ejecutivo de publicidad en el mundo de los negocios — hasta que Dios me conquistó y, después de mi conversión, me confió la gran comisión para nuestros tiempos.

Es importante que recordemos que éste no es el mundo de Dios — es el mundo del hombre, separado de Dios y de los caminos de Dios, aunque guiado y engañado por Satanás. La gente de China, India, Asia, Indonesia y muchas regiones populosas del mundo ha quedado tan completamente aislada de Dios, que pocos en aquellas naciones conocen siquiera algo acerca de Dios.

Dios llamó al antiguo Israel a salir de Egipto, para que fuese su pueblo separado y peculiar — guiándose por sus leyes reveladas. Sin embargo, únicamente a sus profetas les ofreció su Espíritu Santo. Los demás tenían una mente carnal. Dijeron a Samuel que querían ser como los pueblos de este mundo y tener un rey — rechazando así a Dios como su Soberano (1 Samuel 8:7).

### Las artes sanadoras en tiempos de Jesús.

A este mundo vino Jesús — a un mundo que no lo aceptaba ni a Él ni a sus enseñanzas.

Ahora bien, la profesión médica se remonta varias generaciones más allá de la época de Cristo. Sin embargo, en aquel entonces, el desarrollo de las artes sanadoras y la medicina era realmente elemental en comparación con el nivel que ha alcanzado en la actualidad.

Comprendamos y fijemos firmemente en nuestra mente esta verdad — que la profesión médica es una de las fases de la civilización humana diseñadas por el hombre — separado de Dios, pero engañado e influenciado por Satanás. Jesús nada tuvo que ver con ello. Pero, repito, la práctica médica (y empleo la palabra práctica en forma significativa) era entonces primitiva e incipiente en comparación con la profesión médica de esta década. Jesús tuvo compasión de los enfermos, los débiles, los ciegos y los incapacitados. La civilización del hombre aún no había desarrollado una práctica médica que ofreciera una ayuda significativa. En su compasión y misericordia por el pueblo de Judá — los elegidos de Dios — Jesús tuvo a bien sanar a las gentes del público en general, conforme se encontraba con ellas o conforme éstas acudían a Él.

El ministerio de Jesús, según se enfatizó en el primer capítulo de esta serie, era un ministerio dual. Él proclamó las buenas noticias del futuro Reino de Dios, y Él sanó a los enfermos. El predicar y el sanar se complementaban, dando lugar a un ministerio dual. Lo mismo ocurrió con los primeros apóstoles.

Jesús no vino en una cruzada para salvar almas, sino que hizo posible el perdón del pecado espiritual a través de su sangre derramada en la cruz de su muerte — y también pagó en nuestro lugar, a través de los azotes que recibió, la pena de las leyes quebrantadas que funcionan en nuestro cuerpo. En un capítulo anterior dediqué bastante espacio a este hecho.

Repito, a manera de énfasis, que Jesús pagó en nuestro lugar tanto la pena física como la espiritual de la transgresión de la ley. Él nos reconcilió con Dios por medio de su sangre derramada y su muerte (Romanos 5:8-10) — y por las llagas que sufrió somos sanados (Isaías 53:5, 1 Pedro 2:24). Bíblicamente, la palabra «llaga» se refiere a las heridas producidas por los azotes de un látigo o de una macana.

Pero ahora, cuando llegamos a la profecía de la Gran Comisión en nuestra época, Jesús dio como única señal por la que pudiésemos saber cuándo habría de venir el final de este mundo — del día del hombre — y su Reino sobre la Tierra tuviera principio, la proclamación del Reino de Dios. Pero — y esto es por demás significativo — Jesús no mencionó nada respecto a que la sanidad fuera parte de la proclamación del evangelio a todo el mundo. ¿Por qué?

Quizás fue porque nosotros en el ministerio de Cristo no tenemos la fe de Pedro, Pablo, Santiago y los demás del primer siglo. Y de nuestra época Jesús dijo. «... Pero cuando venga el Hijo del hombre. ¿Hallará fe en la tierra?» (Lucas 18:18). ¿O acaso podría ser que el mundo del hombre ha desarrollado una profesión médica, lo cual Jesús anticipó, y a través de la cual, quienes no han sido llamados por Dios habrían de tener una mejor atención que los que vivieron en el primer siglo?

### Nuestros días.

Pero lo que sí vemos es que la sanidad hoy en día está reservada a los cristianos dentro de la Iglesia de Dios, según lo establece Santiago 5:14-15.

Repito, existen dos condiciones para que se dé la sanidad — obediencia a los mandamientos (1 Juan 3:22) y fe (Santiago 5:15). La observancia de los mandamientos ha sido restaurada a la Iglesia de Dios en la actualidad. Y debemos tener fe, lo cual es un don de Dios. Pero hoy en día casi no tenemos fe, y si no tenemos fe, tampoco tenemos a Dios.

En la actualidad parece mucho más fácil simplemente acudir a un médico y confiar en el hombre — en el hombre separado de Dios — que confiar en Cristo y en sus promesas. Especialmente cuando estamos tan conscientes del progreso alcanzado por la profesión médica de nuestros tiempos.

Hace cuarenta y cinco años yo hablé del uso de las medicinas y las drogas como si se tratase de venenos. Hace aun 32 años, el único folleto que hasta ahora había publicado la Iglesia sobre el tema de la sanidad, hablaba de la medicina como un sistema que prescribía una toxina para contrarrestar a otra toxina en el cuerpo. Ese folleto realmente nunca fue escrito. A diferencia de todos los demás folletos, fue transcrito de la grabación de un programa radiofónico improvisado. Decía yo que la aritmética médica era que un veneno más otro veneno equivalía a nada de veneno, y comentaba que hasta un niño de segundo año sabía que uno más uno no equivale a cero.

En los primeros años de la Institución Ambassador, a fines de la década de 1940, nuestro hermano en la fe, el finado Dr. Ralph E. Merrill, un doctor en medicina, y miembro fundador de la Iglesia de Dios en Pasadena, dijo: «Nosotros los médicos hemos estado tan ocupados tratando a los que ya están enfermos, que no nos hemos dedicado a investigar la dieta y otras causas de las enfermedades». Pero durante los últimos 15 o 20 años los médicos han hecho un notable avance en este campo.

Lo que es más, hoy en día lo cierto es que la mayoría de los médicos prescriben medicinas que no son venenos, sino más bien preparaciones que están diseñadas a coayudar a la naturaleza a llevar a cabo su propia sanidad. Sin embargo, ninguna medicina — ningún médico — puede sanar. Jamás he escuchado a un doctor que contradiga esta afirmación. Los médicos no pretenden sanar.

No estoy diciendo que el pueblo de Dios debe confiar en los médicos en vez de confiar en Dios y en sus promesas. Diré más al respecto de esas promesas más adelante antes de concluir esta serie de artículos.

### El entendimiento para nuestra época.

Ahora necesitamos esclarecer nuestro entendimiento respecto de dos puntos vitales:

- 1) Dios creó al hombre a su propia imagen y semejanza — una réplica física de Él mismo, pero una que tiene un espíritu a manera de esencia dentro de sí mismo. El hombre fue diseñado para tener una relación especial con Dios. El potencial del hombre es nacer dentro de la Familia de Dios — ser cambiado de composición material a espiritual.

Por consiguiente, cuando Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza no a la imagen y semejanza de algún animal u objeto inanimado — Dios dotó al hombre de facultades que se aproximan a las facultades creativas de Dios. Y, en el sentido de que el hombre puede diseñar y crear con materiales previamente existentes, él, en efecto, tiene poderes creativos.

En la torre de Babel Dios dijo, «... y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado» (Génesis 11:6). Por tanto, a fin de frenar en cierta medida el desarrollo de la civilización desviada de la humanidad, Dios confundió su lenguaje. De ahí en adelante hubo poco progreso en el complicado desarrollo educacional e industrial del hombre, hasta que se inventó la imprenta. Y aún entonces, la diseminación del conocimiento tomaba largo tiempo por medio de la palabra impresa, hasta que el hombre empezó a salvar el abismo que constituía la multiplicidad de idiomas. Por un tiempo parecía que el francés iba a ser el idioma universal del mundo, pero ahora el inglés lo ha sobrepasado.

La mayor parte del desarrollo de la civilización ha tenido lugar en los últimos 125 años — y el conocimiento técnico y el desarrollo industrial han crecido en más de 200 por ciento en las últimas dos o tres décadas.

Esto es particularmente cierto en la práctica de la medicina y el conocimiento en esa profesión. La habilidad y capacidad del hombre para desarrollarse reflejan, no la gloria del hombre, sino el poder creador de nuestro Hacedor al crear al hombre con esas habilidades y con esa capacidad.

Sin embargo, debemos recordar que ese desarrollo no siempre es un progreso hacia adelante. Con demasiada frecuencia, bajo el influjo invisible de Satanás, y estando el hombre separado de Dios y de su conocimiento revelado, lo que hemos experimentado ha sido un progreso en reversa. Tal como dice Isaías 1:4 del antiguo Israel, «... se volvieron atrás».

Satanás ha tenido plena libertad para influenciar y engañar al hombre, tratando de convertirlo en un reflejo de su propio carácter. Pero lo que debemos adquirir y desarrollar para nacer dentro del Reino de Dios es el carácter de Dios. Es vital que recordemos este hecho hoy en día al considerar la sanidad, a diferencia de la confianza en los médicos.

2) Dios revela a quienes Él llama y a quienes ha otorgado su Santo Espíritu el conocimiento que el hombre jamás podría descubrir por sí mismo.

Dios dejó que Copérnico hiciera los primeros descubrimientos en astronomía, que Newton descubriera la ley de la gravitación universal, que Galileo descubriera que nuestro planeta es redondo. Sin embargo, para comprender, es necesario recordar que lo que es aceptado como ciencia ayer, en ocasiones constituye el ridículo de hoy particularmente en las ciencias especulativas y filosóficas. La revelación de Dios es el fundamento de toda verdad.

El mismo principio se aplica a lo que el hombre puede hacer. Los grandes avances en el campo de la medicina permiten al hombre hacer por su familia humana muchas cosas que no podía hacer hace 50 años. Dios hace por nosotros (frecuentemente por medio de un milagro) aquello que no podemos hacer por nosotros mismos. Dios dio al hombre talentos, el poder de su intelecto (físico) y habilidades que Él se propuso que usáramos y desarrolláramos bajo su guía, y siempre para su gloria y para nuestro crecimiento en el carácter santo y justo de Dios.

Dios se propuso con este fin que el hombre se superara y que mejorara pero nunca de manera que ello inflara su vanidad o disminuyera su dependencia y confianza en Dios. Debemos depender de Dios para que Él nos guíe aún en aquello que podemos hacer por nosotros mismos.

### **El carácter justo debe ser desarrollado.**

Pero el propósito mismo de la vida humana — el que Dios se reproduzca a sí mismo — es el desarrollo de este carácter santo y justo. Y éste se adquiere, se desarrolla y se aumenta principalmente por medio de la obediencia y de la fe.

Dije anteriormente que Dios crea por medio del principio de la dualidad. ¡Es necesario comprender esto! Expliqué que la primera etapa de la creación humana fue la creación física, comenzando con Adán. La segunda es la creación espiritual, comenzando con Cristo.

Pero aun en la conversión de alguien que ha sido llamado por Dios en esta época, la conversión se logra a través del principio de la dualidad. Primeramente, cuando somos llamados de Dios, cuando recibimos el arrepentimiento y somos conquistados por Él y al tener fe en Cristo — con el bautismo se nos promete el don del Espíritu Santo. Esta es la primera etapa. Existe un momento preciso en el que uno recibe el Espíritu Santo de Dios. Pero únicamente a Jesús (Juan 3:34) le fue dado el Espíritu sin medida.

Todos los demás humanos recibimos inicialmente sólo una determinada medida del Espíritu de Dios. Entonces debemos crecer en gracia y en el conocimiento de Jesús (2 Pedro 3:18). Esta es la segunda fase de la creación espiritual.

El humano natural únicamente tiene el espíritu humano — el cual le imparte el poder del intelecto. Sin embargo, todas estas mentes humanas están limitadas al conocimiento de lo físico y lo material. Y por el hecho de que Satanás es el príncipe de la potestad del aire (Efesios 2:2), él transmite — sobrecarga el aire con su actitud egoísta — vanidad y amor únicamente hacia el yo. A esta actitud que inculca Satanás le llamamos la naturaleza humana. La adquirimos gradualmente, desde la más tierna infancia.

El arrepentimiento consiste en cambiar esa actitud. A través del Espíritu Santo de Dios, que se une a nuestro propio espíritu humano, adquirimos — nos convertimos en partícipes de (2 Pedro 1:4) — la naturaleza divina.

Pero esta etapa inicial de conversión no elimina la naturaleza humana. El verdadero arrepentimiento es un cambio que consiste en la intención voluntaria de abandonar la actitud que Satanás nos ha inculcado.

Yo no sé (pues Dios no revela ese hecho) qué porcentaje de la naturaleza humana es expulsada y qué porcentaje de la naturaleza divina es otorgada con la medida inicial del Espíritu Santo que recibimos al momento de nuestra conversión. Pero, para ilustrar, supongamos que uno recibe el uno por ciento de Espíritu Santo puro. Una persona así podría estar, supongamos, motivada en un 99 % por su naturaleza egoísta. Posiblemente esto varíe entre los diferentes individuos.

### **El principio ilustrado por parábolas.**

Jesús ilustró este principio por las parábolas de las minas y los talentos. En Lucas 19:11-20, vemos a Jesús dando a sus diez siervos una mina a cada uno. Esta unidad de moneda simbolizaba una porción del Espíritu Santo. Para hacer las cosas más claras, supongamos que representa el uno por ciento de la medida plena del Espíritu Santo de Dios. Cuando Él regrese del cielo como Rey de reyes y Señor de señores, cada uno de los diez será llamado para rendir cuentas. Él primero había crecido en gracia y en el conocimiento de Cristo diez tantos en relación a como había empezado. En el Reino de Dios — en la próxima vida — recibirá dominio sobre diez ciudades.

El segundo siervo había incrementado su patrimonio espiritual original en cinco tantos. No fue salvado por sus obras, sino recompensado de conformidad a éstas. Él recibirá dominio sobre cinco ciudades.

Pero el tercero no había aumentado en nada su haber. Pensó que su conversión original haría que entrara en el Reino de Dios sin ningún crecimiento espiritual. A él le fue quitada hasta esa única mina que tenía. Lo perdió todo. No entró en el Reino de Dios. En otras palabras, si no crecemos en el carácter espiritual de Dios, perdemos la salvación que creíamos haber tenido en un principio.

Crecemos en el Espíritu de Dios recibiendo una porción mayor — en la medida en que nos sobreponemos al yo y a las actitudes satánicas y nos superamos en amor, fe y obediencia a Dios, así como en oración y estudio de la Biblia. El medio que Dios ha dado a su Iglesia para este desarrollo es principalmente nuestra parte al seguir lealmente apoyando al apóstol de Cristo en lo que nos corresponde hacer para sostener la Gran Comisión. De hecho, ése es el propósito principal para llamar a algunos a la conversión ahora, a diferencia de hacerlo después de que Cristo venga a reinar y que Satanás sea atado.

### **Medios de crecimiento espiritual.**

Pero otro medio importante que Dios dio al pueblo en nuestra época para el crecimiento espiritual es confiar en Él y en sus promesas de sanidad.

Permítanme ayudarles a comprender. Es cierto que Dios hace por nosotros aquello que nosotros no podemos hacer por nosotros mismos. La sanidad es algo que no podemos hacer por nosotros mismos — algo que los médicos, las medicinas y los bisturís no pueden hacer.

No me malinterpreten. Los médicos pueden prestar una ayuda muy real porque se han especializado en aprender muchas cosas que los humanos pueden hacer. Nuevamente me refiero, en principio, a los partos y a fijar huesos rotos. Hoy en día los médicos pueden hacer por nosotros muchas otras cosas que están al alcance de los humanos, siendo la única excepción la sanidad misma.

Pero el solo hecho de que las dos condiciones para la sanidad milagrosa de parte de Dios son la obediencia y la fe requiere el ejercicio de, y por tanto, el crecimiento en la obediencia y la fe. Jesús dijo, «Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre lo haré [una promesa], para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:13).

### **Pero mi padre murió.**

Finalmente, algo por demás importante que debemos entender. ¿Qué ocurre si alguien confía en Dios para la sanidad y aún así muere? He escuchado a muchos referirse a esto como justificación para su falta de fe y ahora, finalmente, quiero contestar esa duda con la verdad de Dios.

Mi conversión tuvo lugar en la primavera de 1927. Por primera vez aprendí acerca de la sanidad en el mes de agosto de 1927 — a través de la milagrosa sanidad de mi esposa. Estaba aprendiendo rápidamente en aquellos días a confiar en Dios.

En la primavera de 1933 estaba visitando a mi padre en su granja cerca de la Ciudad de Oregón, en el estado del mismo nombre. Esa tarde, alrededor de la puesta del sol, mi padre me dijo que se había arrepentido y deseaba la salvación de Cristo. Yo iba a bautizarlo a la siguiente mañana.

Toda su vida mi padre había sido un firme creyente. Pertenecía a una respetada y conservadora denominación protestante. Era lo que todos llamarían un «buen hombre». Jamás empleaba lenguaje profano; no fumaba ni bebía alcohol. Nunca le conocí un solo hábito nocivo. No le debía nada a nadie.

Tenía una voz profunda de bajo — y había sido integrante de un cuarteto de voces durante años. Podía llenar un auditorio sin ningún medio de amplificación, llegando hasta la nota más baja de Do. No sé de nadie en la actualidad que pueda hacer eso. Cuando posteriormente me fue obsequiado un disco personalmente autografiado por Caruso, me

sorprendió reconocer el mismo timbre y calidad de voz que tenía mi padre, sólo que en una escala más alta — si bien él prácticamente jamás estudió canto.

Esa noche él cantó con ánimo y voz gozosa el viejo himno, «Alabadlo, Alabadlo». Y, de repente, ¡un síncope!

Yo había sido ordenado en 1931, alrededor de tres y medio años después de mi conversión. Ungí a mi padre y oré por él. ¡Tenía fe! ¡El tenía fe! Continué orando por él toda la noche con fe. Sin embargo, a las 9:40 la mañana siguiente, ¡él falleció!

Esa fue mi primera experiencia de ver a alguien que había sido ungido y por quien se había orado que, sin embargo, moría. Yo había experimentado varias sanidades extraordinarias después de ungir y orar por los enfermos.

No puedo decir que esto no me haya estremecido — y bien puedo comprender cómo se sienten quienes se ven en un caso así. Pero ello no destruyó mi fe. Oré a Dios, pidiéndole que me concediera entendimiento.

Él me guió al capítulo de la Fe en la Biblia — Hebreos 11 — y lo estudié con una actitud de oración. Ahí encontré la respuesta. La fe es la certeza, la convicción de lo que no se ve. La fe precede el resultado que se busca. Y la fe es la certeza que Dios nos da hasta en tanto se cumple la petición. La fe consiste en creer lo que Dios dice.

Adán no creyó lo que Dios le dijo frente a frente. La fe consiste en depender de la veracidad de Dios — confiar en lo que Él ha prometido hacer.

Una promesa en la que con frecuencia he dependido se encuentra en Salmos 27:14: «Aguarda al Eterno; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera al Eterno».

### **El creyente confía en las promesas de Dios.**

El escéptico niega las promesas de Dios. El creyente confía en ellas — hasta que Dios las cumple.

Dios nos ha hecho muchas promesas. Dios promete (Romanos 5:10): «... seremos salvos por su vida [la de Jesús]». Dios prometió la salvación y la vida eterna a través de Abraham. «Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas [de vida eterna] y a su simiente» (Gálatas 3:16). Fueron reiteradas a Isaac y a Jacob. Jesucristo vino a confirmar las promesas hechas a los padres (Romanos 15:8). Y Abraham «... no se debilitó en la fe [como lo hacen tantos hoy en día]... tampoco dudó, por incredulidad [como tantos, en la actualidad] de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido» (Romanos 4:19-21).

Sin embargo, Isaac y Jacob «... conforme a la fe murieron todos... sin haber recibido lo prometido... » (Hebreos 11:13).

Un ministro, aparentemente desprovisto de fe o de entendimiento, escribe, «Los casos que se registran en la Biblia, y especialmente los miles de casos en la Iglesia actual, muestran que la fe estaba presente en las vidas de esas personas y, sin embargo, Dios no las sanó».

Yo no podría asegurar que la fe estaba presente en todos esos casos — no puedo juzgar a los demás, pues únicamente Dios puede hacerlo. La misma carta dice lo siguiente — que a mí me conmovió en lo más íntimo — respecto a la argumentación de que Dios no cumple la promesa de sanar con base en la fe: «¿Qué decir de los muchos de nuestros muertos a quienes hemos sepultado — la Sra. Loma Armstrong [la esposa de mi juventud, quien falleció a la edad de 75 años], su hijo Dick... » y cuatro más.

Mi respuesta, basada en la simple fe, es que ellos, al igual que Abraham, Isaac y Jacob, murieron todos en la fe, sin haber recibido las promesas — ¡al menos no todavía! Pero en la siguiente fracción de segundo después de su pérdida de conocimiento en la muerte, resucitarán sanados — en la resurrección y en el Reino de Dios. Yo tengo fe en el hecho de que en el futuro no muy distante veré de nuevo a mi padre, a mi primera esposa, a mi hijo Dick y a los demás que él nombró, completamente sanados en el Reino de Dios.

### **Proclamando la única esperanza segura del mundo.**

Dios dice a través de Pablo. «Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres» (1 Corintios 15:19).

¡Comprendan esto! Dios ha prometido sanar — siempre que tengamos fe y obremos en obediencia. Pero ni usted ni yo podemos dictarle a Dios cómo o cuándo habrá de hacer aquello que Él promete. En ningún lugar promete Dios que hemos de ser sanados en forma tan constante que jamás hemos de morir. Mi esposa y mi hijo habían sido sanados en varias ocasiones anteriores. Dios dice, «Porque así como en Adán todos mueren... » (1 Corintios 15:22). Pero Él también promete, «también en Cristo todos serán vivificados».

Ustedes, quienes malinterpretan o carecen de fe, pero confían en los médicos, ¿acaso ignoran que la arrolladora mayoría de los millones de personas que mueren, lo hacen bajo el cuidado de los médicos? Sin embargo, ustedes, quienes no creen, aún tienen fe en los médicos.

Con toda franqueza me indigna un poco, y estoy seguro que también indigna al Cristo viviente, encontrar a personas que alaban los avances y la «erudición» de los médicos, al mismo tiempo que niegan que las promesas de Dios sean promesas — desacreditando la fe en Dios, excusando su falta de confianza en Dios, al tiempo que abogan por la confianza en el hombre.

Dios ha prometido la salvación y la vida eterna bajo las mismas condiciones en las que promete la sanidad obediencia y fe. Jesús pagó nuestra pena, haciendo posible la vida eterna por su sangre derramada en la cruz. Él pagó la pena de la ley física quebrantada, haciendo posible nuestra sanidad por sus llagas (Isaías 53:5, 1 Pedro 2:24).

«El es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias» (Salmos 103:3). Si usted no puede creer lo uno, ¿cómo podrá creer lo otro?

El Dios eterno me llamó y me confió la Gran Comisión de Cristo — de ir al mundo entero proclamando la única esperanza segura que éste tiene — el venidero Reino de Dios.

Todos aquellos a quienes Dios ha llamado a su Iglesia hoy en día — a salir del mundo — han sido llamados a respaldar esta proclamación universal del venidero Reino — el tiempo de la vida después de esta vida.

### **Miremos la gloria que nos aguarda.**

Dios desea que nuestras mentes estén enfocadas en el futuro, en su Reino y en la gloria que nos aguarda. A eso se refiere Colosenses 3:1.

¿Por qué, entonces, habríamos nosotros de ser impacientes — diciendo a Dios, «Hazlo ahora mismo, Dios — en este preciso momento», o de lo contrario abandonaremos nuestra fe en Dios y confiaremos en el hombre. Las promesas de Dios a todos aquellos que murieron con fe, y que aún no han recibido las promesas, permanecen tan seguras como siempre. Si no podemos creer esto, ¡sencillamente no le creemos a Dios!

Yo he hecho abundantemente claro el hecho de que la Iglesia de Dios no condena a los médicos u otro tipo de doctores. Hay mucho que ellos pueden hacer por nosotros hoy en día.

He dado el principio básico: Dios hace por nosotros lo que nosotros como humanos no podemos hacer. Uno podría entablar interminables argumentos y controversias respecto a las cuestiones técnicas de aquello para lo que podemos acudir al hombre y aquello en lo que debemos depender de Dios. He presentado las directrices generales. La Iglesia estimulará al pueblo de Dios a creer en Dios — a confiar en Dios — a decir, con los apóstoles, «Señor, aumentanos la fe» (Lucas 17:5).

Dios no espera que sus ministros tomen en su lugar las decisiones que a usted le corresponde tomar — y la Iglesia de Dios tampoco lo juzgará si usted decide acudir a un médico. Pero Dios sí dice que uno de sus beneficios, por el cual no cobra absolutamente nada, es que Él le ofrece a usted los amorosos servicios de un obrador de milagros — ¡el Jesucristo viviente! •